

Ilustración Artística

Año XXVI

BARCELONA 17 DE JUNIO DE 1907

Núm. 1.329

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



¡CATAPLÚN!, cuadro de Mariano Barbasán

Un rincón de Anticoli Corrado, ese villorrio romano que tantos encantos guarda para los artistas, ha ofrecido al distinguido pintor español Sr. Barbasán tema ó asunto para el hermoso cuadro que reproducimos, ofreciendo el doble interés de ser un bello estudio, animado por el incidente representado por el artista, en el que aparecen como actores tres infantiles personajes y un asustado gallinero.

ADVERTENCIA

Con el pasado número repartimos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el segundo tomo de la serie correspondiente al presente año, que es el poema

CALENDAL

de Federico Mistral, una de las obras más inspiradas del autor de «Mireya» y de la cual se han hecho numerosísimas ediciones en Francia y que ha sido traducida á los principales idiomas europeos.

La traducción que publicamos es la primera hecha en castellano, y acerca del mérito de la misma sólo hemos de decir que ha sido realizada por el eminente literato D. Arturo Masrera, quien ha llenado su cometido con escrupulosidad de filólogo y entusiasmo de artista.

Las ilustraciones son originales del reputado pintor D. Arcadio Mas y Fondevila y constituyen un verdadero tributo del arte español á la inspirada creación épica del poeta de Provenza.

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Cruces y humilladeros*, por J. Gestoso y Pérez. — *Plancha conmemorativa de la segunda Conferencia de la Paz*. — *Cochecanoa automóvil*. — *Barcelona. Concursos de esgrima*. — *Viena. Monumento á la emperatriz Isabel*. — *Proyecto de fuente monumental de Gustavo Vigeland*. — *Espectáculos*. — *Problema de ajedrez*. — *Aurette*, novela ilustrada (continuación). — *Los colmenares del Cáucaso*, por Alder Anderson.

Grabados.— *¡Cataplún!*, cuadro de Mariano Barbasán. — Dibujos de Azpiazu que ilustran el artículo *Cruces y humilladeros*. — *El Viernes Santo en la Scala, en Roma*, cuadro de R. Coghge. — *En oración*, cuadro de E. Suau. — *Retratos en miniatura: Lady Paget*, por R. Cosway. — *Dama desconocida*, por J. B. Isabey. — *Duquesa de Devonshire*, por E. Boné. — *J. Reynolds*, por G. H. Craft. — *Napoléon I*, por C. Chatillon. — *Caballero desconocido*, por H. F. Fuger. — *Lady Carolina Rushout*, por A. Plimer. — *Mrs. Damer*, por J. B. Isabey. — *Dama desconocida*, por J. Guerin. — *Plancha conmemorativa de la segunda Conferencia de la Paz de la Haya*, modelada por Tony Szirmai. — *Carruaje-canoa automóvil inventado por M. Ravallier*. — *Los tiradores del concurso de esgrima en Barcelona*. — *En el frigidarium*, cuadro de L. Alma Tadema. — *Flores de primavera*, cuadro de Frank Haviland. — *Viena. Monumento á la emperatriz Isabel*. — *Fuente monumental en Cristiania*, de G. Vigeland. — *Los colmenares del Cáucaso*. — *El Havre. Huelga de los inscritos marítimos*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Por fin va dándose cuenta la gente de que no es muy interesante, ni poético, ni romántico, el gesto de apuñalar á la novia ó á la querida en un arrebato de celos brutales, y presentarse después al señor juez, con los pelos erizados y la cara fosca, exclamando: «No sé lo que hice... Allí queda esa... ¿La he herido, la he matado?... Ustedes verán...» El rasgo de energía — así se le llama ahora — ha perdido garbo en fuerza de repetirse, y ya es como una de esas piecicillas del género chico, que reproducen por vigésima vez el asunto de *El puñao de rosas*, ó de *La verbena de la Paloma*, ó de *Las estrellas*. Pase hasta la docena, hasta la docena y media..., pero ¡vamos!, es preciso variar un poco, que en la variedad está el gusto.

* *

Y la variedad puede consistir en que empiecen á realizar el gesto las mujeres — á imitación de una señorita de Santander que, según leo en la prensa, disparó dos tiros á su burlador. — Ciertamente, aunque atrocidades sean ambos gestos, pudiera excusarse algo más el segundo. La novia ó amiga que se aparta del novio ó... etcétera, sólo le hiere en su amor propio, y supongamos, si él tiene sentimientos delicados, que en su corazón. A la mujer abandonada se la hiere también en su honra, en su fama, en su nombre. Hay una razón más de enojo en la mujer, y razón poderosa, social. Un juez equitativo admitiría siempre para la mujer una atenuante.

* *

El descuido de un guardabarrera acaba de costar la vida á dos infelices trabajadoras y graves heridas á otras cuatro ó seis. Se trata de un paso á nivel que cruzo tantas veces en el verano, cuando voy de las Torres de Meirás á Marinada, que el relato de la catástrofe me estremeció más profundamente. No creo que la vida valga el trabajo de temer perderla, pero hay muertes más horribles que otras, y ese informe montón de cuerpos palpitantes, hacinado bajo el vagón, repugna á los sentidos y causa un espanto sin

grandeza. Y el cuadro se me representó en todo su cruento y escalofriante relieve: á la luz de una linterna, entre sombras y reflejos, con la mole de hierro aplastando el amasijo de carne y triturando los huesos, con los cestos del pescado volcados y revueltos, con el carro hecho trizas... Por el siniestro paso á nivel, de hoy más, atravesaremos siempre viendo esa imagen repulsiva y triste: las miserables obreras despachurradas porque el abandono en los servicios del ferrocarril del Norte — ¡cuántas veces lo he lamentado aquí mismo! — pasa ya de la raya y se hace un mal crónico, y si quien puede corregirlo no lo corrige, irá en aumento. Dícese que las familias de las víctimas reclamarán la indemnización á que tienen derecho, y que esta indemnización será fuerte; precio al cabo de la vida de dos mujeres y de la salud y robustez de varias otras, que si sanan, nunca recobrarán el equilibrio y la alegría con que se entregaban á sus rudas faenas... ¡Ojalá sea cierto que en forma de indemnización, por lo menos, recaen responsabilidades y se impone una penalidad que obligue á mayor vigilancia.

* *

¿No os habéis fijado nunca en la importancia que va adquiriendo, en la vida contemporánea, un pedacillo de papel insignificante, la tarjeta?

Verdad es que nuestro moderno existir gira sobre resortes de papel, y que papel es la moneda, papel el cuero, papel los documentos que lo acreditan todo, papel la cultura y papel hasta el placer y la alegría de la juventud; sin papel no se comprenderían, por ejemplo, los cotillones... Y la tarjeta, trozo de cartulina sin valor alguno, significa, al llevar en su anverso un renglón con un nombre, todo el tejido complicadísimo de las relaciones sociales, con todas sus consecuencias, con todo su alcance y su influjo, que no vacilo en llamar capitalísimo, porque es de cada momento.

El consumo de tarjetas, en Madrid, es formidable. No hay sino ver el muestrario de las litografías é impresiones, donde aparece desde la tarjeta de la modista que ofrece sus servicios, hasta la tarjeta blasonada ó sin blasonar del prócer que estampa, en tres renglones, tres títulos á cual más linajudo. En apariencia, las tarjetas no pueden diferenciarse gran cosa: son siempre un trozo de cartulina, en el cual se inscribe un nombre. Pero, en efecto, de tarjeta á tarjeta media (como se decía antes) un abismo. Una persona que tenga costumbre de ver tarjetas, adivina exactamente por ellas, no sólo la verdadera posición social, sino hasta, en parte, los gustos, las aficiones, la edad y las circunstancias del sujeto cuyo nombre se destaca en el blanco campo de la tarjeta.

Hay tarjetas amarillentas, sobadas, tabacosas, que trascienden á petitorio, sablazo ó algo parecido. Hay tarjetas compactas, anchas, limpias, exhalando ligera fragancia de cuero rico, la piel de la exquisita cartera donde se guardaron, que proclaman la holgura, los hábitos de elegancia. Hay tarjetas chiquitas, de mujer, con letra fina y menuda, que revelan coquetería, refinamiento. Hay tarjetas caprichosas, azuladas ó color de manteca, que gritan delatando el pésimo gusto de quien las usa. Hubo tarjetas de madera, tarjetas charoladas, tarjetas imitación de nácar, tarjetas estilo percal floreado, y hasta tarjetas con la fotografía del dueño! en un pico de la esquina; ¡una monada! Hay tarjetas prácticas, á la inglesa, que son casi un folleto, por la cantidad de lectura que contienen: en ellas se especifica el nombre, la profesión, las señas de invierno y de verano, el día y horas de recepción, ¡y no sé si algo más! La tendencia, sin embargo, es á la sencillez absoluta. Hasta la heráldica va desapareciendo: se suprimen coronas, escudos, mantos, divisas, y se reduce gradualmente la tarjeta al sucinto nombre y á las señas; y aun las señas, casi vedadas para las señoras, van camino también de proibirse para los hombres, cuando su posición es tal que se supone que nadie ignora su domicilio. Cada día más simplificada, más arreglada á un patrón uniforme, la tarjeta, sin embargo, conserva fisonomía.

* *

¡Y qué ímproba labor la del tarjeteo! Hoy la tarjeta ha venido á representar todas y cada una de las formas del trato social, los matices de la relación entre gentes que viven en un mismo medio. Que hay desgracia de familia: tarjeta. Que hay parte de boda: tarjeta. Que llega alguien de un viaje: tarjeta. Que se recibe un honor, una distinción: tarjeta. Que da á luz una señora: tarjeta. Que á un caballero se le confiere un cargo: tarjeta. Que enfermedad: tarjeta. Que establecimiento: tarjeta. Que invitación: tarjeta. Esto, prescindiendo de las infinitas tarjetas que son meramente de saludo, de cortesía, de correspondencia á

otras tarjetas recibidas la semana anterior. Con fundamento ha podido decirse que las tres cuartas partes de la gente que uno se tropieza en la calle va á pedir á alguien que recomiende algo; pero también cabe asegurar que de veinte coches que encontréis andando por las calles, diez y nueve van á dejar tarjetas...

* *

Porque la labor del tarjeteo no vale encomendarla á un repartidor. Yo he oído mil veces lamentar esto: que la tarjeta, forma actual de la visita, tenga que ser dejada personalmente, cuando lo mismo significaría una tarjeta entregada por un servidor á otro servidor, al portero de la casa... Es, sin embargo, tan delicado esto del tarjeteo, que son contadísimos los servidores á cuya inteligencia se puede fiar ceremonia en apariencia tan vulgar y baladí.

La tarjeta lleva la representación social de la persona, y un error de tarjeta envuelve una serie de molestias y compromisos. Así es que, aun cuando va cayendo en desuso aquella antigua costumbre de «dar su tarjeta» al iniciarse un lance de honor, todavía la tarjeta es cosa delicada de entregar no sabiendo perfectamente á quién, y en la entrega de la tarjeta caben mil desafinaciones y mil afinadas cadencias de amabilidad.

Recuérdense las tarjetas respaldadas. Han llegado á desempeñar en la vida social un activo papel. Con el respaldado de la tarjeta se hacen cumplimientos; un ¡felicidades! al lápiz, en la tarjeta, un día de santo, avalora el pedazo de cartulina; una invitación de confianza puede hacerse por tarjeta respaldada; un pésame, una bienvenida, caben en el diminuto espacio blanco de la tarjeta...

Bien mirado, esta costumbre del tarjeteo, que tanto tiempo absorbe, ofrece sus ventajas, evitando el visiteo á domicilio, tan molesto para los que lo hacen como para los que lo reciben. En provincias, donde todavía no se ha aclimatado la tarjeta, donde no hay, en muchas casas, porteros á quienes entregarla, y donde cierto espíritu quisquilloso hace mirar como una ofensa el no ser recibido en las casas adonde se va de visita, es un verdadero víacrucis el visiteo. Sólo las escaleras que hay que subir, las campanillas de que hay que tirar, las domésticas con las cuales hay que parlamentar, las salas donde hay que tomar asiento y esperar... La noción de que una tarjeta implica exactamente la misma cortesía y consideración que la visita personal; la idea de que, cuando se recibe, deben la casa y los dueños estar preparados de antemano, todo prevenido, y que el recibir por sorpresa y á cualquier hora del día es una pejiugera para el mismo que recibe, trastornándole en sus ocupaciones y obligándole á pasarse la vida «sobre las armas»; estas sencillas verdades no consiguen aún en provincias llegar á ser axiomas. La gente «se pica» si «se cumple» con una tarjeta; la gente exige que se suban las consabidas escaleras y se tire de la acostumbrada campanilla...

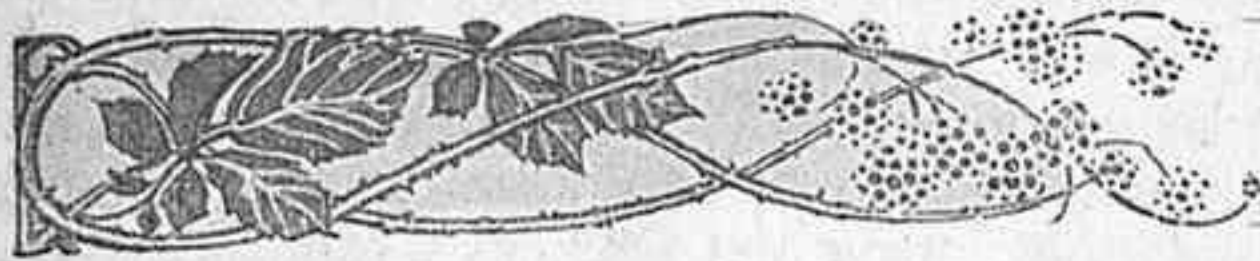
* *

En mi primera juventud, todavía era peor. «Ir de visitas» suponía una *toilette* especial, el fondo del baúl, los trapos de cristianar, las joyas que cada cual poseía, y que era de rigor colgarse. Ahora, por lo menos, se puede visitar con lo mismo que se lleva á paseo por la tarde: lana si es lana, batista si es batista. Antaño, no visitar con traje de gro, mantilla de blonda, abrigo de terciopelo y enaguas crujientes, hubiese sido el colmo de la *shocking*. A las visitas debía ir en ringlera la familia: el papá con *chimenea* y levita reluciente, las niñas emperifolladas, la mamá sofocada, congestionada de la subida y de las apreturas del «abrigo» con «pasamanería» quizás pasado de moda... ¡Solemnes visitas de otros tiempos, cuánto tenais de candoroso y de infantil!

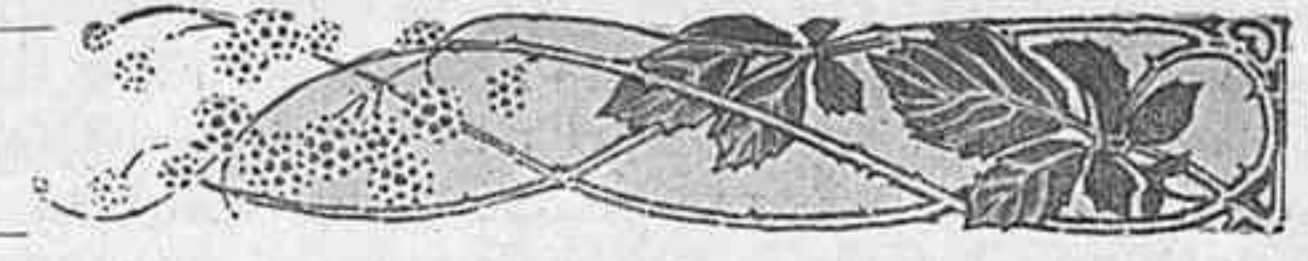
* *

Un buen señor, de tendencias prácticas, quería reformar esto del tarjeteo y del visiteo, con gran ventaja de la comodidad del público. Y proponía que, el primero de año, se enviase certificada una tarjeta á las personas cuyo trato se desea conservar: no en sentido de felicitación, sino en reemplazo de todo el tarjeteo del año todo. Acordes en que esta tarjeta de 1.º de enero quería decir: «Es usted mi amigo para los efectos de la ley social en el año presente,» podía ahorrarse el resto de la cartulina... ¿Se implantará algún día esta reforma? Lo dudo. Las cosas excesivamente sencillas son las menos usuales.

EMILIA PARDO BAZÁN.



CRUCES Y HUMILLADEROS



Las unas y los otros pertenecen ya al pasado. Son páginas conservadas cariñosamente por las historias de los pueblos, de las cuales para nada se acuerda la

cruces de sus calles y plazas, la llamada del Rodeo, al pie de la cual tuvo lugar un trágico hecho, que la tradición ha conservado, digna, por tal concepto, de

sión, que me muero! ¡Confesión, por Dios, señor obispo!. ¡Socorro, Sr. Camargo!» Al escucharlas el venerable sacerdote, llevado de sus caritativos impulsos,



CRUCES Y HUMILLADEROS. - EN LA CRUZ DEL CAMPO, EN SEVILLA

generación presente. Algún curioso cronista, al revolver viejos papeles, tropieza con empolvado manuscrito en que consta el legendario origen de uno de esos monumentos ó rastrea la tradición que simbolizaba en lo antiguo, y entonces complácese en consignarla, aumentando el caudal de esas poéticas narraciones que la lira y los pinceles immortalizan, tan queridas siempre de los espíritus soñadores, que constituyen el más rico atavío de la Historia.

Representaban las cruces antaño la ingenua piedad de los que las erigieron en recuerdo de algún suceso trágico, milagroso ó histórico; otras veces eran la manifestación sencilla de la devoción de un gremio ó colectividad religiosa, y en ocasiones servían para demandar una oración al transeunte en sufragio del alma de algún desgraciado víctima del crimen.

En las calles y en los caminos era frecuente hallar toscas cruces con letreros más toscos aún, redactados por una mano piadosa con más ó menos concisión en esta forma: «Aquí mataron á un hombre. Rogad por él.» Estos letreros leídos á la claridad de la luna en las miedosas soledades de las sierras andaluzas producían su efecto. El caminante impresionado parábase, y descubierta la cabeza no dejaba de murmurar una oración en sufragio del desconocido muerto.

En las encrucijadas no menos medrosas de las estrechas callejuelas de nuestras moriscas ciudades, en las plazas en que se alzan las iglesias parroquiales, ó bien sobresaliendo por las tapias de los cementerios, que tuvieron aquellos anejos, destacábanse las cruces de mármol, de piedra franca ó de hierro con su correspondiente farolillo á través de cuyos sucios cristales vislumbrábase tenue y temblorosa luz. A veces trepaba hasta enredar en sus brazos alguna salvaje planta parietaria, cuyos ligeros tallos movíanse por las brisas de la noche, acompasadamente, despertando el miedo del transeunte, que aceleraba su marcha para huir de las siniestras sombras que su imaginación le fingía.

Fama fué en Sevilla, entre todas las innumerables

haber sido exceptuada entre sus compañeras de la destrucción que las hizo desaparecer en el siglo XIX. Bien merece ser conocido de los lectores el suceso á que nos referimos, pues demuestra las osadías de la juventud aristocrática del siglo XVII y su falta de respeto á cosas y personas, como resultado de sus costumbres libertinas y de su vanidad y soberbia.

A la cabeza de las ilustres familias sevillanas de aquella centuria, citábase la del conde de la Torre, D. Pedro de Rovira. Hijo suyo era D. Perafán, que había alcanzado triste notoriedad por sus insolencias y viciosas costumbres, con las cuales la juventud liviana y escandalosa había hecho causa común con él, constituyendo una especie de banda de verdaderos foragidos, que no se detenían ante ningún respeto ni consideración, alentados por la impunidad en que quedaban siempre sus desafueros, unas veces por atención á la prosapia ilustre de aquéllos, otras porque las justicias no daban con los verdaderos delinquentes.

Fué, pues, el caso, que á las diez de la noche del domingo 15 de mayo de 1639 hallábase el Ilmo. señor obispo D. Luis Camargo, auxiliar de esta metrópoli, dignidad y canónigo de esta santa iglesia, entregado al estudio en su biblioteca, situada en el piso bajo de su casa de calle Abades, en cuya noble ocupación embargábase diariamente hasta la media noche.

A través, pues, de los emplomados vidrios de su ventana vislumbrábase la luz encendida, y ella fué causa ocasional de que al pasar el D. Perafán, con su compañero de correrías el primogénito del conde de Arenales, y otros, que por broma habían tomado de casa de unas mujeres una larga caña, se les ocurriese realizar un plan que bien pronto pusieron en ejecución. Fingieron una pendencia el de Arenales con otro de los camaradas; al ruido de los aceros, levantóse de su mesa el señor obispo, y acercándose á los vidrios, seguía anhelante las peripecias de la lucha, cuando de pronto oyó estas palabras: «¡Confesión, que me muero! ¡Confesión, por Dios, señor obispo!. ¡Socorro, Sr. Camargo!» Al escucharlas el venerable sacerdote, llevado de sus caritativos impulsos,

abrió de par en par los vidrios, y al asomar su cabeza por los hierros, para darse cuenta de lo ocurrido, el desalmado D. Perafán le descargó con la caña tres golpes, al tiempo mismo que los demás refan á carcajadas del infame engaño. El señor obispo, burlado y escarnecido, contestó solamente con humilde acento: «Id en paz, y á Dios lo dejo.»

Había transcurrido un año del ultraje de que fué víctima el Sr. Camargo. En la puerta del horno de un tal Navarro, situado en la alameda de Hércules, celebrábase una gran fiesta en que tomaban parte las mozas y mozos del horno, dando tregua á sus penosas faenas. Era, pues, el 15 de mayo de 1640. Aquella juventud entregábase en cuerpo y alma á la alegría y al goce, sin recelar el más leve temor, pues todos eran unos y un mismo deseo y una misma intención les animaba. Las muchachas y muchachos, formando un gran corro, hallábanse sentados en rueda delante de la puerta de la casa, y en el centro veíanse las parejas de baile. Próxima ya á terminar la fiesta, cuando apenas quedaban curiosos espectadores detrás del corro, cuando los mozos que tenían quehaceres en la tahona habían dejado la diversión para acudir á sus ocupaciones, entre ellos el mismo dueño Navarro, que al retirarse dejó en su lugar á un tal Galindo para que lo representase, y cuando, finalmente, sólo quedaban algunas parejas de enamorados entretenidos en sus conversaciones, advirtieron la presencia de tres jóvenes caballeros, dos de los cuales eran D. Perafán y el de Arenales, que con sonrisa burlona ó despreciativa cambiaban frases, que por los gestos se notaba á las claras que aludían á las parejas que aún quedaban, y no contentos con esto, llevaron su insolencia al punto de entrometerse en las conversaciones, llegando aquél en su osadía hasta decir imperiosa y altaneramente: «¡Basta de plática! Salga una pareja y empiece lo bueno.»

Aquellas frases produjeron el efecto natural. Los hombres mirábanse como si se interrogaran lo que debían hacer ante aquel atrevimiento; las mujeres

suplicábanles con la vista la mayor prudencia, temerosas de un triste resultado. No se hizo esto esperar mucho: D. Perafán insistió de nuevo en que bajaran las mujeres, sus secuaces llegaron ya hasta á ofenderlas de palabra y á mofarse de los hombres.

Pronto en el interior de la panadería se supo lo que ocurría en la calle, y al ver los mozos que Navarro y Galindo salían armados, requiriendo ellos sus palas y bidentes, salieron en tropel para acometer á sus provocadores.

Próxima á la casa levantábase una cruz, y los tres jóvenes, al oír venir á los panaderos, corrieron á ella para guardar las espaldas, sin recelar la tormenta que se les venía encima.

En aquellos momentos un grupo de tejedores que regresaban á sus casas bien pronto diéronse cuenta de lo que á la sazón ocurría, y entonces, requiriendo sus armas, se adelantaron rápidamente hasta donde se hallaban los caballeros.

El hijo del conde de Arenales huyó cobardemente, protegido por las sombras que proyectaban los corpulentos árboles de la Alameda, sin que su falta fuese advertida por los acometedores.

Perafán de Rivera, en cambio, defendióse como un león, y desarmado de su espada, herido en un brazo, cayó al suelo sin sentido, atravesado el corazón de una estocada, mientras que su otro compañero, gravemente herido, no tardó en sufrir igual suerte.

Cristóbal Paredes, que capitaneó á los tejedores, murió en el patíbulo. Galindo fué á galeras por ocho años y por diez Navarro.

En cuanto al caballero superviviente de aquella tragedia, el de Arenales, tocóle Dios al alma al punto de obtener el perdón de sus culpas de manos del mismo señor obispo Camargo, después de haber hecho confesión general de ellas, muriendo pocos días después repentinamente.

He aquí, lector, la tradición ya casi olvidada de la Cruz del Rodeo. Al desaparecer el modesto monumento ha ido borrándose de la memoria de los sevillanos, como otras muchas, cuya existencia no se compadece con el vulgarísimo prosaísmo de los tiempos modernos.

Curioso por demás debió ser el espectáculo que en los siglos pasados ofrecieran las estaciones religiosas establecidas en el largo trayecto comprendido desde

la llamada Casa de Pilatos, artística mansión de los duques de Alcalá (hoy de los Medinaceli) hasta el Humilladero de la Cruz del Campo.

devotos sevillanos de los siglos XVI y XVII especialmente, comenzaban el Viacrucis que conducía al mencionado Humilladero. Personas de ambos sexos, de todas edades y condiciones, congregábanse en los días de Cuaresma, y unos con sus usuales y siempre vistosos trajes, otros con capuces y túnicas de diversos colores, descalzos muchos, con sogas al cuello y á la cintura no pocos, cubiertas de polvo las cabezas de algunos y conduciendo otros pesadas cruces de madera, confundíanse con los disciplinantes que eran muy numerosos; emprendían la marcha deteniéndose en las diversas estaciones que se alzaban en todo el trayecto, marcadas por altares y mesas petitorias, en las cuales recogían limosnas frailes y sacerdotes.

Ocioso será decir que á aquel cuadro de fantásticos penitentes, de religioso fervor, de sombría tristeza, han sucedido otros bien opuestos en su conjunto y pormenores.

En las inmediaciones de la Cruz del Campo hay varios ventorrillos de más ó menos fuste, donde, los domingos, en invierno, durante el día, y en verano por las noches, reúnen las gentes alegres aficionadas al canto, al baile y á las libaciones.

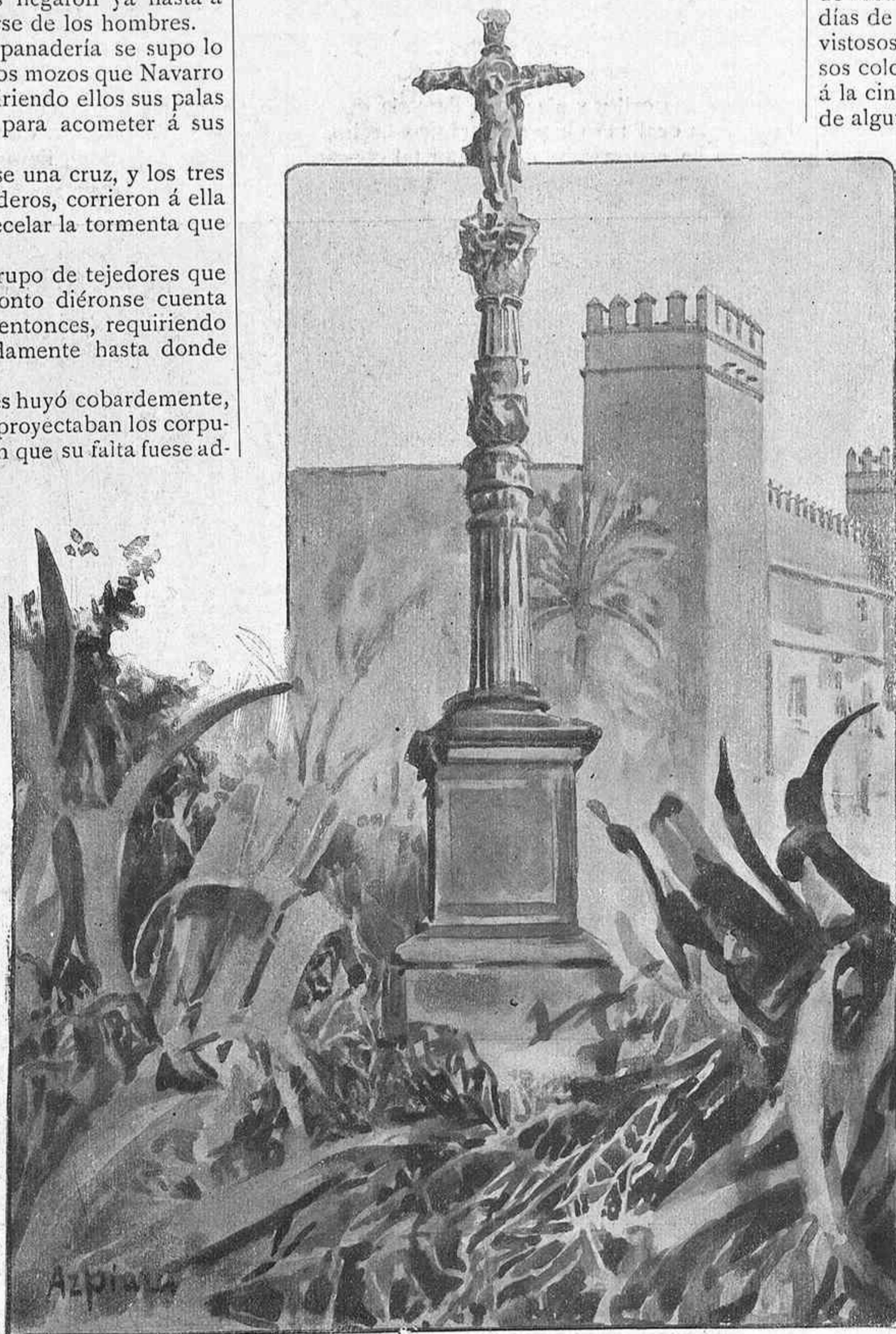
En vez, pues, de capuces y túnicas, de burdos y sombríos hábitos, de salmos y letanías, mucha guitarra, muchas seguidillas, mucho limpísimo y almidonado percal, muchos pañolones de Manila, mucha alegría y... no pocas broncas que frecuentemente concluyen en tragedia.

Al pie del elegante templete, bajo cuyo cupulino se alza una columna de mármol blanco con elegante cruz de los comienzos del siglo XVI, reúnen mozos y mozas, alrededor de los cuales se establece una muralla de curiosos y desocupados, de pilluelos, vendedores de flores y mariscos que forman abigarrado conjunto. Mientras dura el día, todo es algazara y diversión, la guitarra no cesa de rasguear, juguetona y alegre, acompañando soleares, malagueñas y sevillanas, y á una pareja sucede otra y otra, sin que nadie dé señales de cansancio, antes bien, parece que con el ejercicio cobran más y más fuerzas...

Pero la noche se aproxima, recógense cestos y manteles, las guitarras descansan en sus fundas, apúrase el vino que queda y la caravana emprende el regreso á la ciudad, bien en el coche de San Francisco, ó en algunas jardineras, cuyos jarmelgos con ligero trotecillo, sonando sus innumerables cascabeles, bien pronto penetran por la Puerta de Carmona perdiéndose en las estrechas callejuelas del barrio.

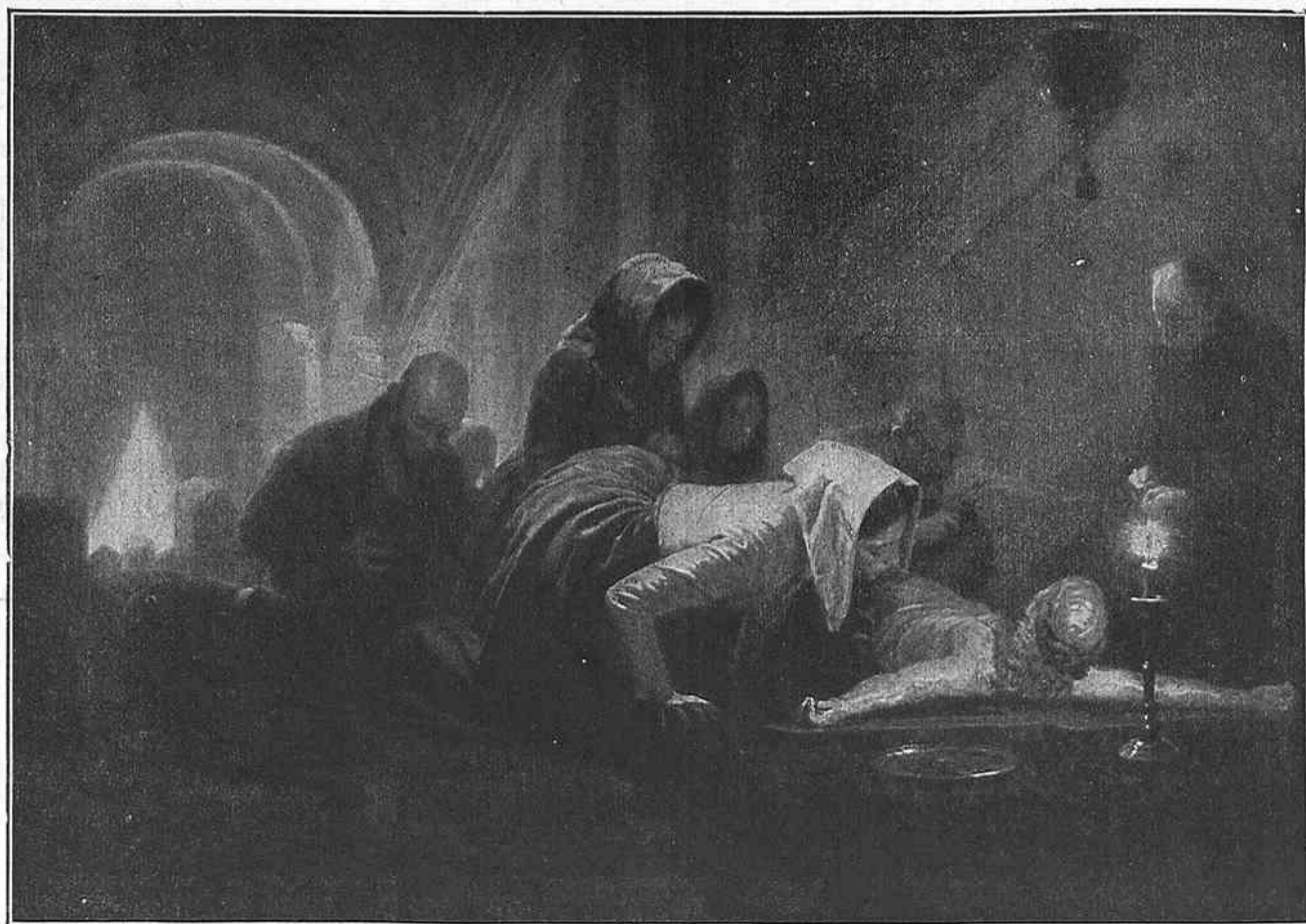
J. GESTOSO Y PÉREZ.

(Dibujos de Azpiazu.)

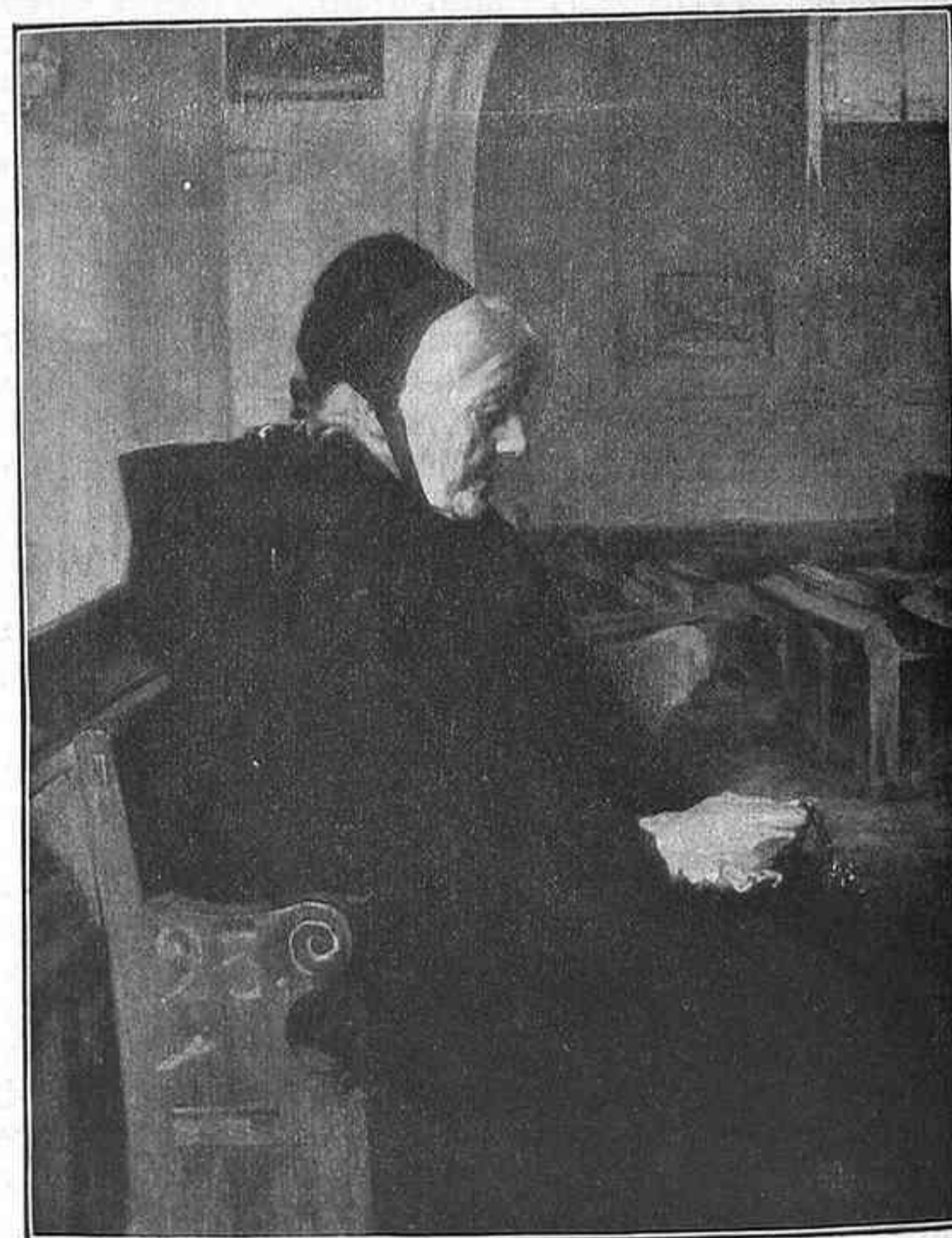


CRUCES Y HUMILLADEROS EN SEVILLA

Todavía existe en la fachada del mudéjar palacio, dentro de una hornacina, sencilla cruz de mármol rosa, que era el punto de partida desde donde los



El Viernes Santo, on la Scala Santa, en Roma, cuadro de R. Coghe



En oración, cuadro de E. Suau



Lady Paget, por Ricardo Cosway



Dama desconocida, por J. B. Isabey



Duquesa de Devonshire, por Enrique Boné



J. Reynolds, por G. H. Craft



Napoleón I, por C. Chatillon



Caballero desconocido, por H. F. Fuger



Lady Carolina Rushout, por A. Plimer



Mrs. Damer, por J. B. Isabey



Dama desconocida, por Juan Guerin

RETRATOS PINTADOS POR LOS MÁS CÉLEBRES MINIATURISTAS

PLANCHA CONMEMORATIVA

DE LA SEGUNDA CONFERENCIA DE LA PAZ

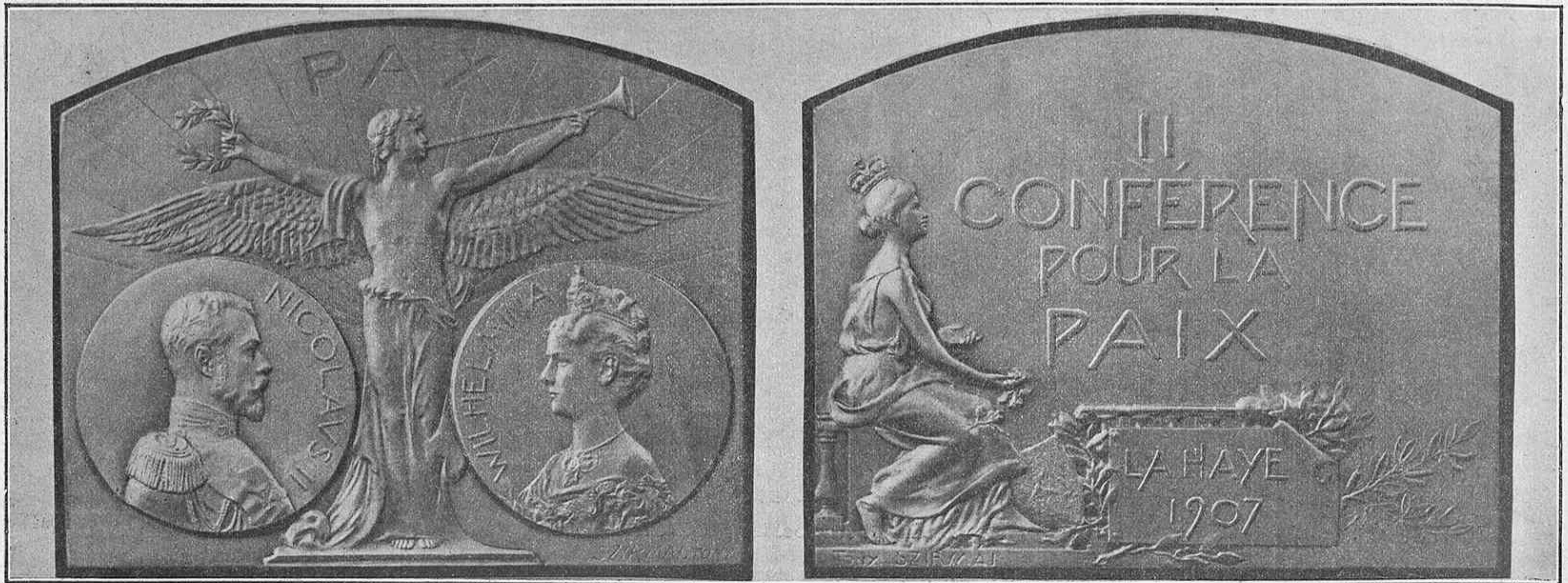
De un momento á otro va á reunirse en La Haya la segunda Conferencia de la Paz. En la capital del pacífico reino de Holanda, se congregarán dentro de

universal seguirá siendo una aspiración platónica seguramente por los siglos de los siglos. El recuerdo de las guerras que han ocurrido después de la primera conferencia no permite fundar grandes esperanzas en los resultados prácticos de la segunda.

De todos modos, la intención es buena, y en gracia á ella ha modelado el conocido artista parisienses

donde ha corrido con una velocidad de 30 kilómetro por hora, y penetra en el líquido en donde se mueve cómodamente gracias á su hélice.

Usado como canoa, con su bomba de agotamiento, remos, etc., así que la pendiente de un ribazo lo permite, se transforma en pocos momentos en coche rápido y cómodo.



ANVERSO

REVERSO

PLANCHA CONMEMORATIVA DE LA SEGUNDA CONFERENCIA DE LA PAZ, DE LA HAYA, MODELADA POR TONY SZIRMAI

pocos días todas las eminencias de la diplomacia y de la ciencia del derecho internacional de las naciones que hoy van á la cabeza de la civilización; se discutirán temas importantísimos, se leerán luminosos trabajos concienzudamente hechos, se pronunciarán elocuentes discursos, se formularán votos ardientes por la paz universal, se celebrarán fiestas en las cuales reinará un sentimiento de afecto y fraternidad emocionante, se hablará mucho del desarme y del tribunal arbitral para resolver los conflictos entre los Estados, y el resultado de todo ello será que las cosas continúen como hasta aquí, subsistiendo esa situación de la paz armada que tantos perjuicios causa á los países obligados á sostener ejércitos y es-

Tony Szirmai la bonita plancha que reproducimos y en la que se ven, además de los retratos del tsar Nicolás II, iniciador de la primera conferencia, y de la reina Guillermina, soberana de la nación en que ésta se celebra, figuras y emblemas que simbolizan perfectamente la idea que en la conferencia preside.

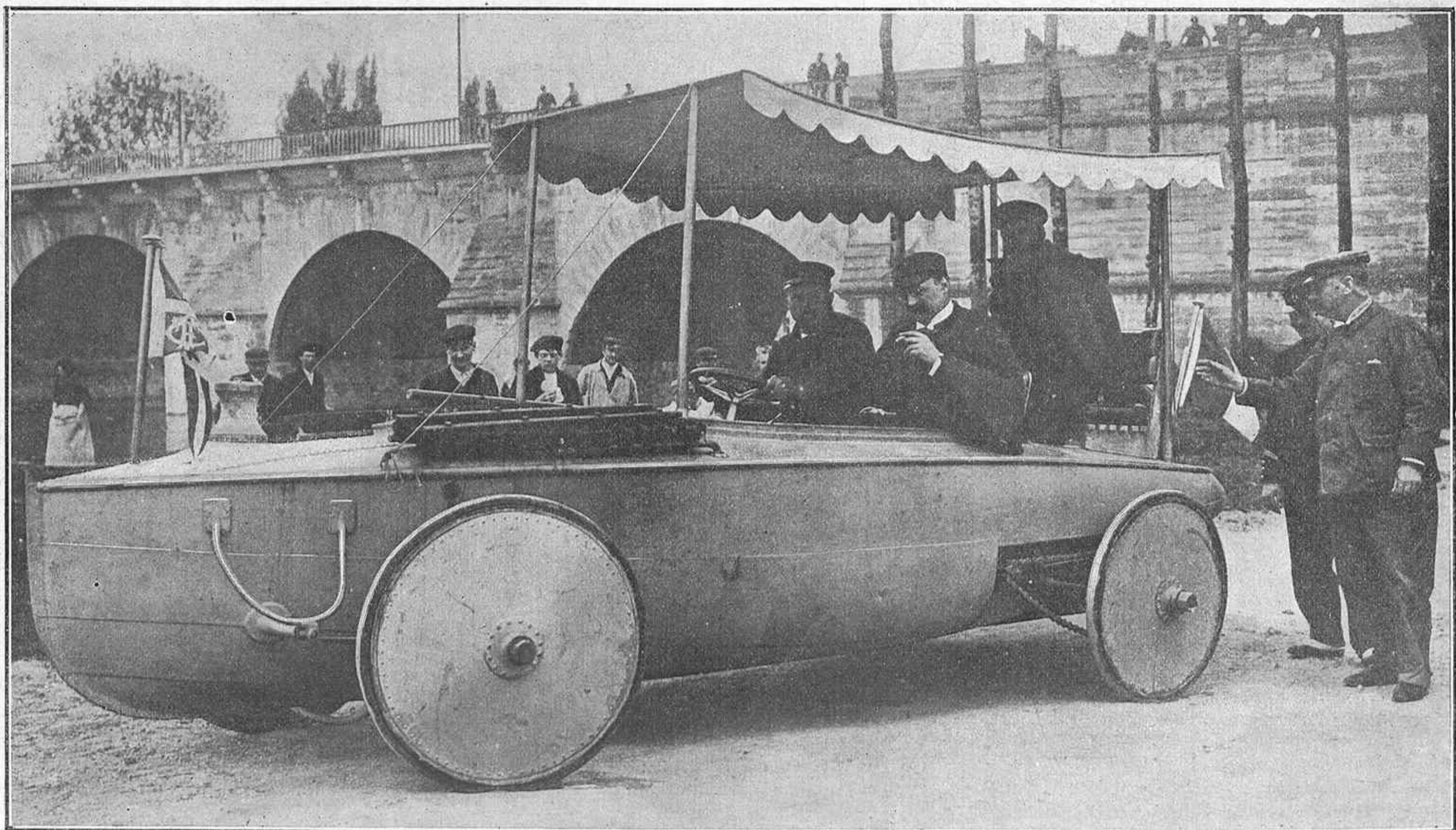
COCHE-CANOA AUTOMÓVIL

Recientemente le ha sido presentado al ministro de Marina de Francia un vehículo curioso inventado por M. Ravallier y que ofrece la particularidad de que puede caminar por las carreteras y navegar por

Sus rasgos característicos son: casco de acero montado sobre ejes que pasan por tubos estancos; motor de explosión, de 20 caballos de fuerza, cambio de velocidad, marcha hacia atrás, pedal de interrupción, etc.

El volante de cambio de velocidad se prolonga y gobierna un engranaje que mueve una hélice de la popa del coche-canoa. Un timón, situado también en la popa, es movido por el volante de dirección.

La salida se efectúa por medio de las ruedas motrices cuando el suelo es bastante duro y la pendiente inferior á 15 por 100. Una cabria instalada en la proa y movida por una tangente, que el motor hace funcionar, sirve para realizar la salida cuando la pendiente es superior; cuando el suelo es blando se re-



PARÍS. — CARRUAJE-CANOA AUTOMÓVIL INVENTADO POR M. RAVAILLIER. (De fotografía de M. Branger.)

cuadras desproporcionados á su potencia económica. Y regresarán los delegados á sus respectivas naciones sin haber podido llegar á un acuerdo, y la paz

los ríos, sin necesidad de realizar para ello otra maniobra que mover una palanca. Sin cambio alguno de órganos, el coche-canoa deja el camino terrestre, en

curre á unas cuerdas atadas á una estaca clavada en tierra, estaca y cuerdas que lleva el mismo coche-canoa.—T.

BARCELONA.—CONCURSOS DE ESGRIMA

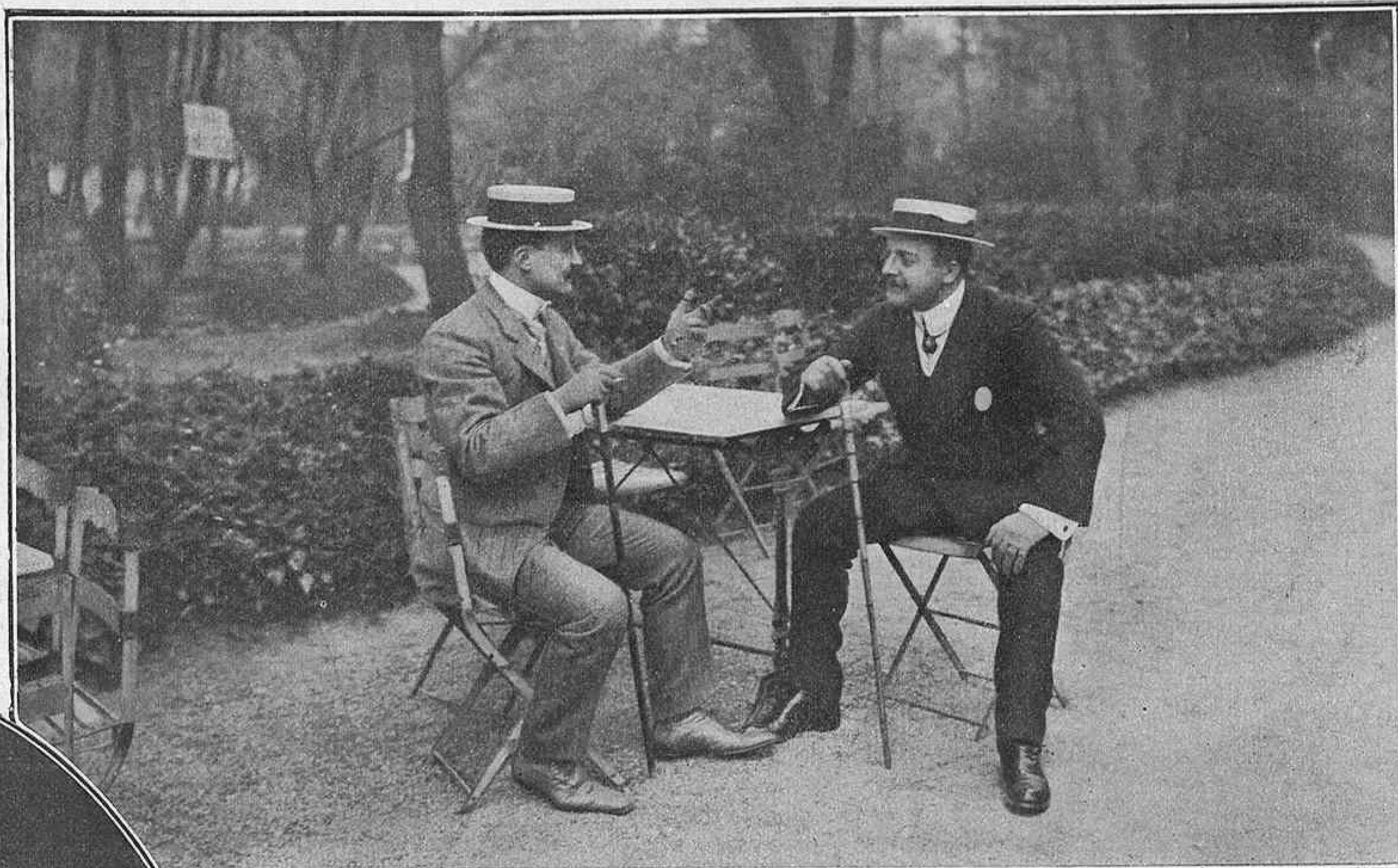
Si interés despertó el concurso de globos aerostáticos de que dimos cuenta en el número anterior, no menor lo han despertado los concursos de esgrima que, como aquél, figuraban en el programa de fiestas organizadas para este mes bajo el patronato del Excmo. Ayuntamiento. Dichos concursos, en los que han tomado parte los más famosos tiradores nacionales y extranjeros, celebráronse en los días 5, 6 y 7 en los jardines del Parque y fueron presenciados por numerosa y distinguida concurrencia.

El primer día efectuóse la *poule* individual eliminatória á espada de combate con punta de arresto, en la que resultaron clasificados para la *poule* semifinal los Sres. Gaudin (francés), Olivier (A.) (francés), Gravier (francés), Bossmans (belga), Conde (español), Huet (francés), Penabella (español), Nowak (italiano), Olivier (E.) (italiano), Borchgrave (belga), Kavanack (francés) y Solé (español).

En la *poule* semifinal, efectuada á la mañana siguiente, fueron vencedores Gaudin, Granier, Olivier (E.), Nowack, Bossmans y Kavanack, los cuales toma-

ron parte en la prueba final. Los asaltos resultaron en extremo emocionantes, adjudicándose los premios por el orden siguiente:

Primeros: Conde y Solé, españoles; Neubourg, Crahatj, Bossmans y Borchgrave, belgas; y Nowak, Olivier, Rotondi y Mangiarotti, italianos. Resultó vencedor y florete contendieron Smedt, campeón de Bélgica, y Weysi, campeón italiano, venciendo este último por diez golpes contra cinco que obtuvo su contrincan-



LOS FAMOSOS TIRADORES KIRCHHOFFER, FRANCÉS, Y SAN MALATC, ITALIANO, EN EL PARQUE DE BARCELONA



EL TIRADOR FRANCÉS GAUDIN, GANADOR DE LA COPA DEL REY Y MEDALLA DE ORO

ron parte en la prueba final. Los asaltos resultaron en extremo emocionantes, adjudicándose los premios por el orden siguiente:

Primero: Copa del Rey y medalla de oro y diploma, á Gaudin (5 tocados y 7 puntos); segundo: medalla de oro y reloj de oro ofrecido por los señores Conde Puerto y C.^a, dueños de los almacenes de *El Siglo*, E. Olivier (10 tocados y 12 puntos); tercero: medalla dorada y alfiler de corbata ofrecido por el Círculo Ecuestre, Kavanack (11 tocados y 13 puntos); cuarto: medalla dorada y un par de espadas ofrecido por la sala Grau de Barcelona, Gravier (13 tocados y 18 puntos); quinto: medalla de plata y una petaca de acero de Eibar, Bossmans (14 tocados y 17 puntos); y sexto: medalla de plata y petaca, Nowak (14 tocados y 19 puntos). El premio ofrecido por el Círculo Ecuestre al tirador español mejor clasificado, concedióse á D. Alfredo Conde.

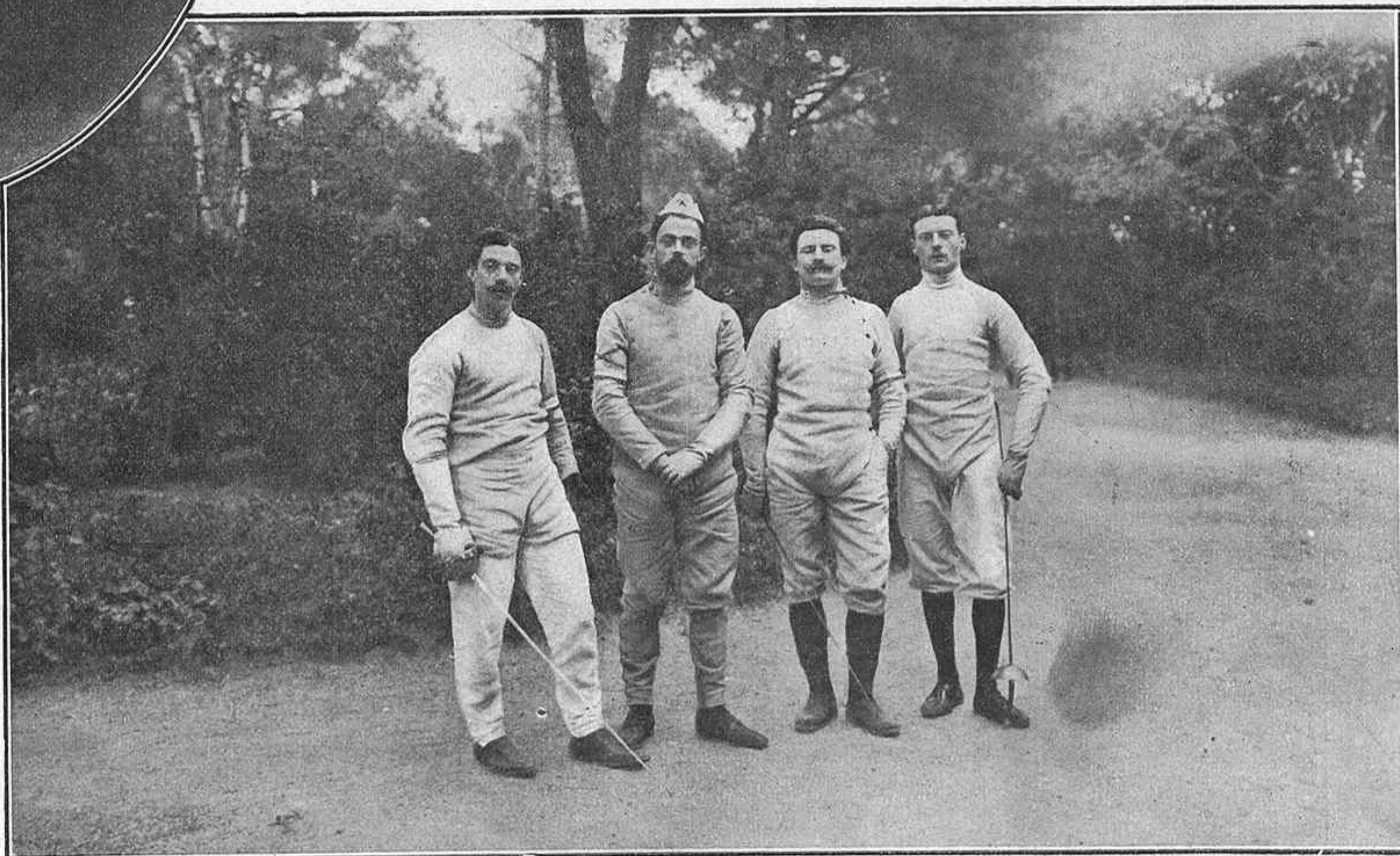
Terminada la *poule* individual, comenzó la *poule* internacional, á espada de combate con punta de arresto, por equipos de cuatro aficionados y por nacionalidades. Formaban los equipos: Kavanack, Gaudin, Olivier y Gravier, franceses; Penabella, Fernán-

te, á quien se adjudicó el premio de 500 pesetas y medalla dorada. Los asaltos fueron á florete entre el Sr. Grau, profesor de Barcelona, y Olivier, aficionado francés, y á espada entre el Sr. Pardini, profesor español, y Gaudin, aficionado, ganador de la Copa del Rey en la *poule* individual. Todos fueron muy aplaudidos.

Esa fiesta del Palacio de Bellas Artes había de continuar á la tarde siguiente, y esta segunda parte despertaba un interés grandísimo entre los aficionados, ya que en el programa figuraba como nota final un *match* entre los famosos campeones Kirchhoffer, francés, y San Malato, italiano. Pero dificultades surgidas á última hora por causas que no hemos de exponer, pues acerca de ellas las opiniones y los jui-

te, á quien se adjudicó el premio de 500 pesetas y medalla dorada. Los asaltos fueron á florete entre el Sr. Grau, profesor de Barcelona, y Olivier, aficionado francés, y á espada entre el Sr. Pardini, profesor español, y Gaudin, aficionado, ganador de la Copa del Rey en la *poule* individual. Todos fueron muy aplaudidos.

Esa fiesta del Palacio de Bellas Artes había de continuar á la tarde siguiente, y esta segunda parte despertaba un interés grandísimo entre los aficionados, ya que en el programa figuraba como nota final un *match* entre los famosos campeones Kirchhoffer, francés, y San Malato, italiano. Pero dificultades surgidas á última hora por causas que no hemos de exponer, pues acerca de ellas las opiniones y los jui-



EL EQUIPO FRANCÉS, COMPUESTO DE LOS TIRADORES KAVANACK, OLIVIER, GRAVIER Y GAUDIN, QUE GANÓ EL PREMIO DEL AYUNTAMIENTO. (De fotografía de A. Merletti.)

de Barcelona en 1905, y Angel Lancho, profesor de la Escuela Española de Esgrima de Madrid, ganando el primero por diez golpes contra ocho el premio de 500 pesetas y medalla de oro, y el segundo el premio de 250 pesetas y medalla dorada. En el *match* á

cios son contradictorios, hubo de suspenderse la fiesta anunciada, con gran decepción de los aficionados y de los profesionales, que se prometían del encuentro de los dos célebres tiradores una sesión llena de emociones y de enseñanzas.—S.



Dolce far niente, cuadro de José Villegas



En el frigidarium, cuadro de Lorenzo Alma Tadema. (Copyright by Gooden et Fox, de Londres.)



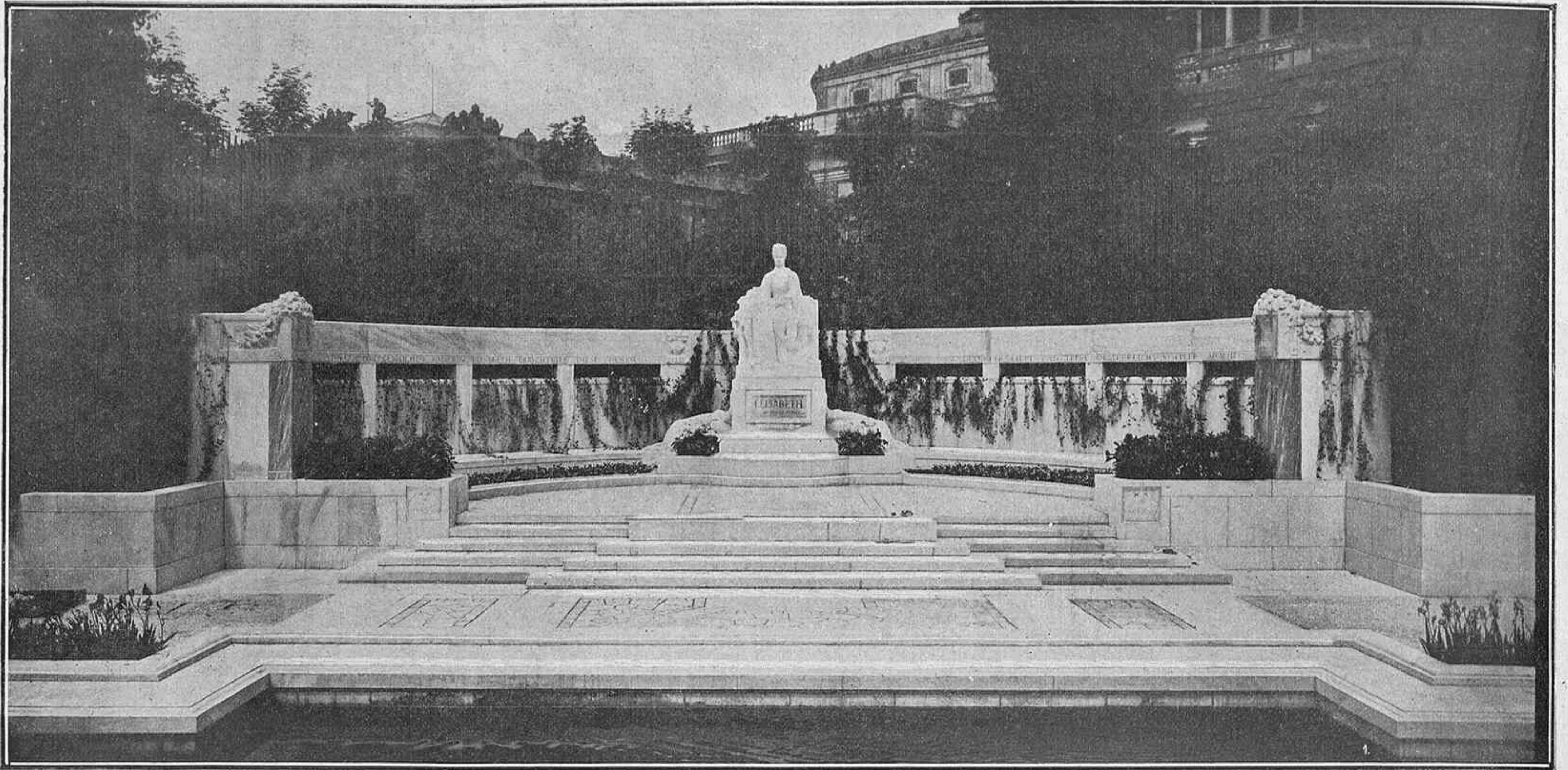
FLORES DE PRIMAVERA, cuadro de Frank Haviland

VIENA.--MONUMENTO A LA EMPERATRIZ ISABEL

Cerca de nueve años han transcurrido desde que el puñal de un vil y cobarde asesino puso término á la existencia de la emperatriz Isabel de Austria, y todavía está fresco en la men-

co y mereció los más entusiastas elogios de los críticos. Uno de éstos, Tor Hedberg, reputado como el primero de Noruega, escribió lo siguiente: «He visto la mayoría de las obras que en materia de monumentos ornamentales poseen las principales ciudades europeas, y he tenido que remontarme hasta la anti-

En el Salón de la Reina Regente del Palacio de Bellas Artes se han celebrado, bajo la dirección del maestro Sr. Pahissa, dos notables conciertos de *música di camera*, en los que se han tocado los cuartetos op. 18 n.º 4, op. 18 n.º 19, op. 59 n.º 3 y op. 95 de Beethoven.



VIENA. -- MONUMENTO Á LA MEMORIA DE LA EMPERATRIZ ISABEL, RECIENTEMENTE INAUGURADO EN LOS JARDINES POPULARES DE LA CAPITAL DE AUSTRIA (De fotografía de Carlos Trampus.)

te de todos el recuerdo de aquella infortunada soberana para quien la corona imperial fué corona de espinas. ¡Qué mucho, pues, que en Austria, en donde tanto se la amó, perduren siempre vivos y cada vez más intensos los sentimientos de cariño y lealtad hacia la inolvidable reina!

Estos sentimientos se han exteriorizado en la erección del hermoso monumento hace pocos días inaugurado en Viena y que adjunto reproducimos. Sobre sencillo pedestal álzase la estatua modelada en mármol blanco y rodeada de un pequeño muro de piedra en el que se lee la siguiente inscripción: «A su inolvidable emperatriz erigieron este monumento los pueblos de Austria á impulsos de su invariable amor y de su lealtad.» Completan esa leyenda las dos fechas 1837 y 1898, años del nacimiento y de la muerte de Isabel. En el pedestal, la dedicatoria: «Isabel emperatriz de Austria.»

El efecto que produce ese monumento es extraordinario: su sencillez, la sobriedad de sus líneas arquitectónicas y sobre todo la imponderable belleza de la estatua, magistralmente ejecutada, hállanse avaloradas por los encantos del sitio en que se alza, entre los frondosos árboles de los pintorescos Jardines populares de la capital austriaca.

gua Roma para encontrar algo que en punto á grandiosidad y á elevada concepción artística pueda ser comparado con esa fuente de Vigeland.»

Para comprender que esos elogios no son exagerados basta mirar la obra que de ellos es objeto. Sobre un gran pilón de 30 metros de largo por 20 de ancho álzase un grupo de seis titanes desnudos que sostienen una gran taza de forma irregular de la que cae el agua; la baranda del pilón está adornada con multitud de relieves y de ella arrancan veinte grupos decorativos á modo de extraños árboles, cuyas copas constituyen otras tantas pequeñas tazas destinadas á contener flores y enredaderas y entre cuyas ramas se ven hombres, mujeres y niños en diversas actitudes.

Esa fuente, admirable por lo grandioso y original de su conjunto y de sus pormenores y la portentosa ejecución de las figuras, ha de construirse en parte de piedra y en parte de bronce para ser colocada delante del palacio del Storthing de Cristianía.

Espectáculos.— BARCELONA. — La compañía Guerrero-Díaz de Mendoza ha estrenado con excelente éxito en el teatro



PROYECTO DE FUENTE MONUMENTAL PARA LA CIUDAD DE CRISTIANÍA, ORIGINAL DE GUSTAVO VIGELAND

PROYECTO DE FUENTE MONUMENTAL DE GUSTAVO VIGELAND

Hace poco, expúsose en Cristianía ese proyecto del escultor noruego Gustavo Vigeland que causó la admiración del públi-

co de Novedades *Más fuerte que el amor*, drama en cuatro actos de D. Jacinto Benavente.

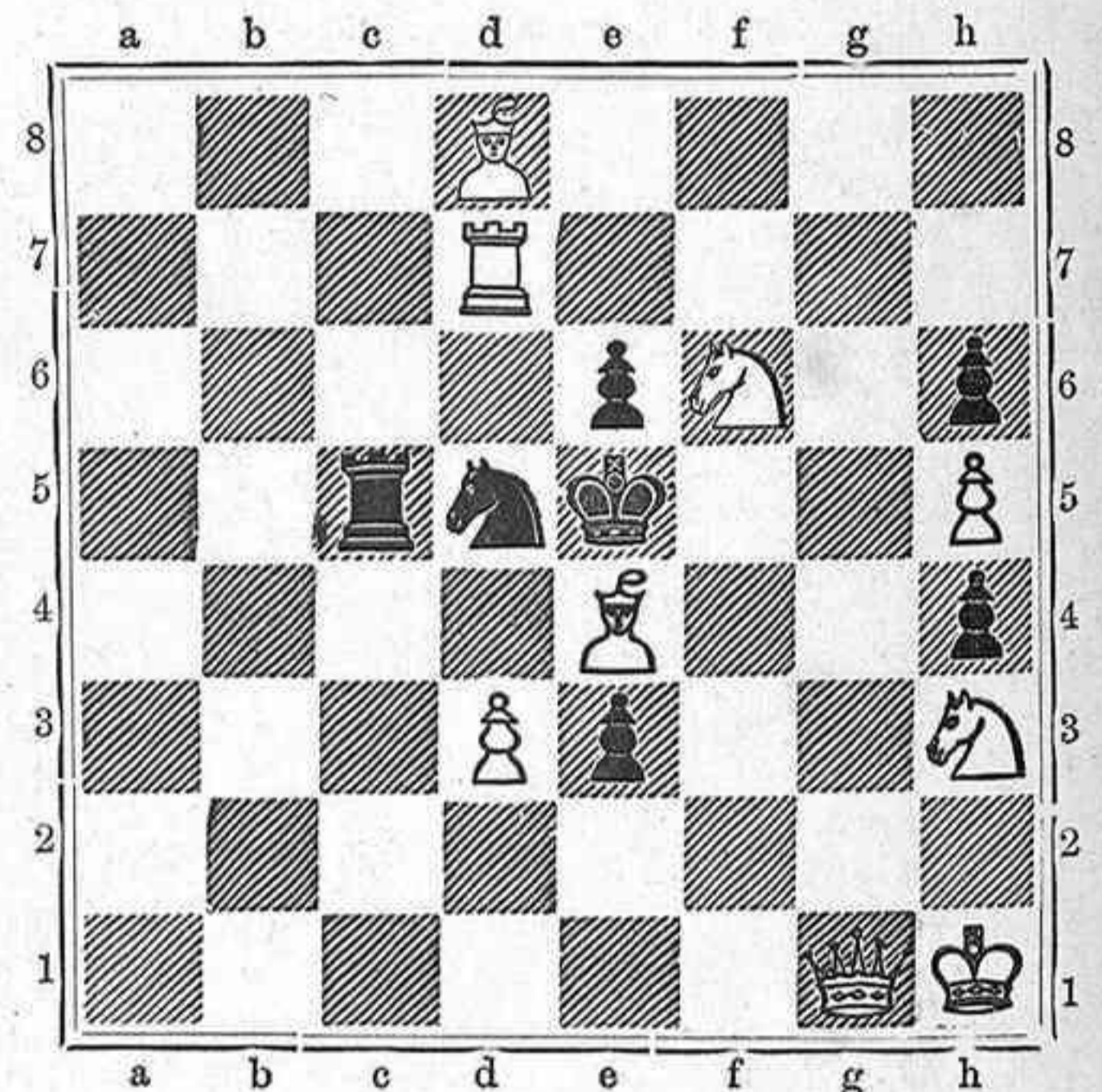
La eminente actriz italiana Sra. Vitaliani está dando actualmente en el teatro Principal una serie de seis funciones. Las representaciones dadas hasta ahora han sido otros tantos nuevos triunfos para ella y para el actor Sr. Duse.

La ejecución de esas obras ha corrido á cargo de los señores Sánchez Deyá, Dini (B.), Gálvez y Dini (D.) que las han interpretado de un modo perfecto.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 465, POR V. MARÍN

NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

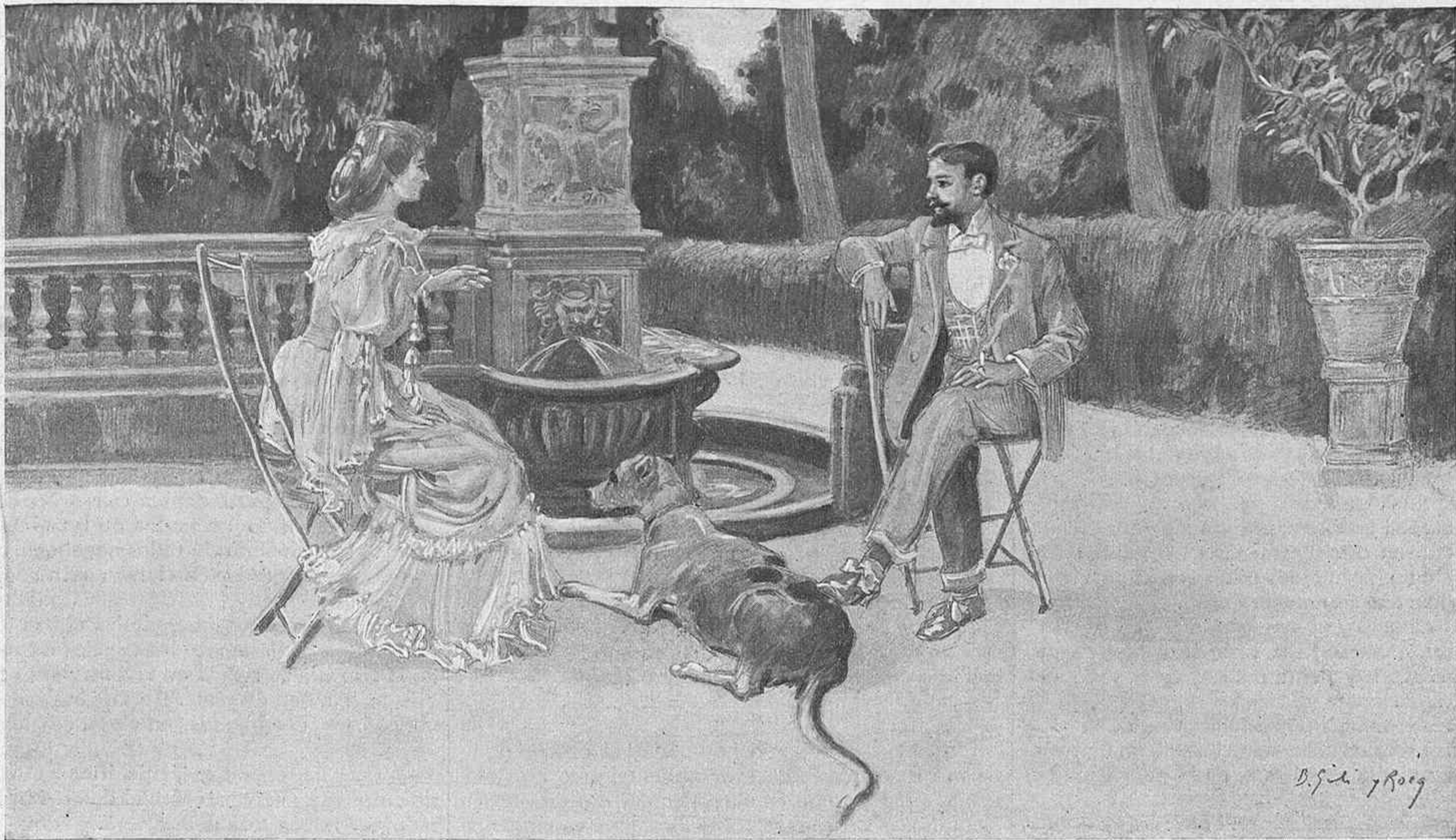
SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 464, POR V. MARÍN

- | | |
|-------------|----------------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Rg 7-g 6 | 1. A c 2 x d 3 jaque |
| 2. Rg 6-g 5 | 2. Cualquiera. |
| 3. A mate. | |

VARIANTES.

- 1..... Cg 2-f 4 jaq.; 2. A h 6 x f 4 jaq., etc.
 Re 5-d 4; 2. A h 6-g 7 jaq., etc.
 Otra jugada; 2. A h 6-g 7 jaq., etc.

AMBRE ROYAL Nouveau Parfum extra-fin. 29, B^{is}illians, París.



Armando y Julia habían reanudado su disputa

AURETTE

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE.—ILUSTRACIONES DE GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)

XIX

Dos años habían transcurrido desde aquel de la Consagración en que la existencia de Aurette había sufrido tan dolorosa metamorfosis; en la terraza, en el sitio mismo en que había visto sentado á su prometido, sentábase Armando Deblay contemplando las colinas del Loire, en la suave tibieza de un atardecer de junio. El doctor hablaba con el Sr. Leniel y Julia permanecía silenciosa, con los ojos fijos en el follaje del parque, entontes en todo su esplendor y dorados por los últimos rayos del sol, y en actitud pensativa como de quien da vueltas en su mente á un asunto embarazoso. Por fin, miró al joven doctor y le dijo en voz baja:

—¿De modo que usted cree que basta ser médico de ciudad y hacer visitas bien pagadas, ser director de hospital y percibir buenos emolumentos?

El joven no se inmutó, al parecer, ante ese apóstrofe.

—Permítame que le diga, señorita, que también tenemos consultas gratis.

—Sí, ya lo sé, repuso Julia con impaciencia. ¡Vaya una gran cosa!

—¿Pues que quisiera usted que hiciese un médico para ganar el cielo?

—¡Que lo mereciese, señor mío! Que recorriese el campo visitando de balde, viendo lo que allí pasa, estudiando el mal que allí causan todavía la ignorancia y la superstición..., impidiendo que los enfermos acudan al saludador que les hace comer mil tonterías y los heridos al curandero que los estropea...

—Señorita, el curandero nos lanzaría sus maleficios y nuestros colegas rurales nos acusarían de quitarles el pan de la boca...

—¿Visitando gratuitamente?

—Sí, señorita, puesto que ello les privaría de hacer visitas retribuidas.

Julia se volvió con aire de cómico malhumor. En el mismo momento, pasó por el extremo del césped un grupo de niños que caminaban gravemente, el más pequeño en medio y dando la mano á los otros.

—¿Qué es esa chiquillería?, preguntó el doctor Rozel.

—Son los chicos de Aurette, respondió el Sr. Leniel; tiene cosa de media docena como esos, y cuando han sido buenos durante la semana, vienen el domingo á pasearse por el jardín.

—¿Y dónde reclutas tu personal?, dijo el doctor á Aurette, que sonriendo vagamente seguía con la mirada á los niños.

—Uno es de la costurera que le hace á usted tan excelentes camisas; es el más pequeño, el Benjamín y al mismo tiempo el fundador de la institución; dos son del cochero, uno de la cocinera y dos del jardinero.

—¡Dios de bondad! ¿Cómo has podido hacer surgir de tierra una posteridad tan numerosa para gentes á quienes yo creía sin descendencia?, preguntó el doctor alegremente.

—Hemos hecho venir á los desterrados, contestó Aurette lanzando una rápida mirada á su padre. Esas buenas gentes ocultaban sus hijos como si fueran crímenes, por miedo de perjudicarse; pero cuando Carlitos...

—¿Quién es Carlitos?, exclamó con viveza el señor Rozel.

—Carlitos es el hijo de la costurera... Decía, pues, que cuando Carlitos quedó instalado en el pabellón, pegado á las faldas de su madre, no hubo motivo para seguir ocultando á los demás rapazuélos, que se han ido presentando uno á uno como pobres vergonzantes. Aseguro á usted que fué un lance gracioso.

—No lo dudo. Y si no es indiscreta la pregunta, ¿puede saberse qué haces con ese estado mayor?

—Van á la escuela y los días de fiesta les cuento historias y luego se pasean respetuosamente, según puede usted observar. Anteayer Carlitos hizo ademán de coger una flor y todos los brazos de los demás se interpusieron para impedirlo. Están muy bien enseñados, créalo usted.

—¿Y qué harás de ellos más adelante?, preguntó el doctor.

—Lo que quieran Dios y sus padres; haré de ellos hombres, si es posible, y honradas muchachas.

—¿Y eso te divierte?

Una hermosa mirada de Aurette respondió á esa pregunta mejor que hubieran podido hacerlo las palabras.

El doctor y el Sr. Leniel siguieron con los ojos al grupo infantil, que se retiraba en buen orden, yendo ahora uno detrás de otro después de un cambio de frente. La misma idea había cruzado por su mente, y lo probaba el hecho de que el padre volviera la cabeza evitando la mirada de su viejo amigo.

Armando y Julia habían reanudado su disputa, y Bruno, después de haberse puesto inútilmente de parte del uno y de parte del otro presentando su cabeza como ofrenda propiciatoria, había acabado por tumbarse cuan largo era entre ambos, sin duda con objeto de separarlos para el caso en que la contienda se enconara.

—¡No comprendo que pueda uno quedar satisfecho á tan poca costa!, dijo la joven arrollando en su dedo una brizna de hierba que arrojó en seguida.

—¡A tan poca costa, señorita! ¿No son para usted nada las visitas de noche? Cuando uno es aficionado á dormir, ¿no tiene algún mérito saltar de la cama, sobre todo en invierno?

Julia, cambiando repentinamente de expresión, le dirigió una mirada casi compasiva, mas no tardó en recobrar su acento irónico.

—He aquí los inconvenientes de ser tan amante del sueño; pero ¿de veras es usted perezoso en tanto grado?

—Lo confieso. Pero usted, señorita, ¿es posible que no sienta usted nunca la necesidad de dormir?

—¿Yo? ¡Pues si duermo como un tronco! Menos cuando me necesitan; que conste.

Los ojos de Aurette, pasando por encima de su padre y del doctor, fueron á buscar los de Julia con expresión de cariñoso agradecimiento. ¿Podría olvidar nunca la noche en que su hermana la había velado? ¡Cuán lejos en el pasado estaba ya aquella época de turbación y de dolor! Pensando en ella, sentíase casi avergonzada de haber sufrido tanto no hacía aún mucho tiempo. ¿Estaba, pues, curada?

Los chiquillos habían vuelto al redil, regresando

cada cual á su casa. El cielo tomaba un color indecible; de pronto pareció surgir del firmamento una lentejuela de oro, y Aurette recordó cuántas veces los rayos de las estrellas, semejantes á puntas diamantinas, habían herido su alma destrozada y manando sangre. No, no estaba aún curada del todo, puesto que todos los días, á esa hora del crepúsculo, invadía una melancolía indecible. Levantóse silenciosamente, sin que los demás lo notaran, y descendió al jardín, que embalsamaban los heliotropos. Armando y Julia proseguían su discusión.

—En fin, señorita, ya veo lo que censura usted en los pobres médicos de ciudad; pero para juzgar bien sería preciso además saber lo que usted aprobaría en ellos.

—¿Lo que yo aprobaría? ¡Dios mío! No es cosa tan difícil y voy á decírsela á usted. Cuando se gana más dinero del que hace falta para cubrir las necesidades; cuando se tiene una buena clientela; cuando se es ya conocido y hasta célebre y el nombre del médico inspira confianza, se establece un dispensario.

—¿En la propia casa?

—Sí, se alquila una bastante grande para ese objeto; se instala un dispensario para los niños enfermos, por ejemplo, porque los niños son el porvenir y vale más evitar que se mueran ellos...

—¿Que los adultos, quiere usted decir?

—Sí, señor, replicó Julia imperturbable; porque entre los adultos hay gente mala, y entre los niños todavía no...

—Permitame, señorita, que tome nota de la palabra «todavía», que no me parece indicio de una confianza absoluta en la excelencia de la naturaleza humana.

—Se lo permito, caballero; pero es inútil que quiera usted evadirse...

—¿Yo evadirme, señorita? ¿Ha observado usted en mí proyectos de evasión?

—Sí, señor; quiere usted substraerse á mis razonamientos.

—¡Líbreme Dios de ello, señorita! Aparte de que tampoco podría.

Los dos jóvenes habían bajado la voz instintivamente, sin darse cuenta, y el doctor Rozel y su amigo, enfrascados en una gran cuestión social, no pensaban ya en ellos. Aurette caminaba lentamente, sola, á poca distancia, y su elegante silueta esfumábase en un fino vapor gris que atenuaba el color de los follajes.

—¿De modo que confiesa usted que tengo razón y que está usted en el deber de fundar un dispensario?

Armando nada contestó, pero miraba á Julia con una atención que acabó por turbarla.

—Un dispensario para los niños, sí, señor, para los niños que sufren... Las madres ignorantes, á menudo tontas, pobres..., ¡ah!, pobres más á menudo todavía... No saben... Es preciso ayudarlas... ¡Sería una obra tan buena!

Julia sentía que el corazón le latía con más violencia de lo que era razonable; en aquella claridad crepuscular, ¿por qué no distinguía otra cosa que los dos ojos negros de Armando, fijos en sus ojos violáceos, que ella bajaba inútilmente? Aquellos ojos sentíanlos sobre los suyos al través de sus párpados medio cerrados.

—Señorita, dijo el joven doctor en voz baja, que Julia oía mejor que un toque de corneta; yo solo no podría organizar nunca el dispensario que usted desea... Pero si usted quisiera ayudarme...

—¿Yo?, exclamó Julia tratando de reír, aunque sin conseguirlo.

—Sí, señorita. El doctor es torpe en esas cosas y no sabe cómo componérselas; todo lo que puede hacer es prestar el concurso de su ciencia, si es que la posee, y en cambio la esposa del doctor...

Julia se levantó bruscamente; Armando la detuvo por un pliegue de su falda, que tocó ligeramente y soltó en seguida; pero por muy ligero que fuese su movimiento la joven lo percibió, puesto que se quedó en pie, inmóvil.

—La esposa del doctor, siguió diciendo Armando, puede todo lo que quiere para el bien de los niños enfermos y hasta para el bien del doctor mismo... El pobre joven doctor está muy solo, y cuando vuelve á su casa se consideraría dichoso si supiese que su esposa le espera.

—¡Egoísta!, murmuró Julia con una semisonrisa.

—Sí, señorita, lo confieso. Pero usted, que no lo es, ¿no sabe que el deber de los buenos es corregir á los malos? Si usted quisiera corregirme, yo sería muy dócil, se lo aseguro... Y sé de un hotelito en una linda calle...

—¿Nueva?, preguntó la joven en tono casi agresivo.

—No, señorita, vieja. Una linda calle vieja y un hotelito viejo, con dos ó tres salas en el piso bajo

que serían enteramente á propósito para el objeto que usted desea; y al extremo de la última sala hay una cocina sorprendente, una cocina con una hornilla singular; diríase que es una cocina hecha expresamente para gustarle á usted, porque en el extremo opuesto del edificio hay otra para los dueños, de modo que aquélla ha sido construída evidentemente por la Providencia pensando en los niños pobres, ya que en ella podrían prepararse medicinas, cataplasmas...

—¿Y caldo?, preguntó vivamente Julia.

—Y caldo, por supuesto, y sopitas y leche caliente y toda clase de cosas buenas... Pero esas son cosas de la esposa del doctor...

—¡Mi hermana!.. ¡Cállese usted!, dijo la joven bruscamente, casi en voz baja. Antes de que nosotros tengamos el derecho de hablar de sopitas, será menester que Aurette pueda quedarse aquí sola con mi padre, que...

No terminó la frase. Aurette no había hecho más que pasar por detrás de ellos para ir al salón. El piano de cola, tocado por ella, se animaba, y como dos años antes, la joven comenzó el *Canto sin palabras* de Mendelssohn, que no había vuelto á tocar desde entonces.

Al principio, su memoria vacilaba, ó mejor dicho, sus dedos desacostumbrados no acertaban con las olvidadas notas; pero luego se aseguró y la amplia melodía desenvolvióse como una plegaria.

—¡Oh!, exclamó Julia en voz baja. Estoy segura de que llora.

Sin embargo, el piano no lloraba; el canto adquiriría una intensidad de fervor ardiente, pero no doloroso: Aurette, como en otro tiempo, ofrecía con su alma todas las miserias terrenales, mas ya no sentía la suya propia...

El Sr. Leniel permanecía silencioso; también él se acordaba de aquella velada, y como Julia, tenía miedo de lo que Aurette debía sentir. El último acorde se extinguió en el aire inmóvil; nadie osaba hablar... Sonó de nuevo el piano; era una canción sencilla, de una ingenuidad extremada, de un sentimiento profundo, que expresaba cual ninguna otra la paz del alma: «Tú eres el descanso», dicen las palabras de la melodía de Schubert.

Calló el piano y Aurette reapareció entre sus amigos. En el cielo había aún claridad bastante para ver distintamente su rostro perfectamente sereno y hermoso.

—¿No tiene usted frío, papá?, dijo con su voz musical y dulce apoyando una mano en el hombro del Sr. Leniel.

Éste, en vez de contestar, la atrajo hacia sí y la besó. En las mejillas de Aurette no se veían huellas de lágrimas; aunque todavía sensible á la melancolía, había pasado el período de las tempestades y se cernía ya por encima de todos los recuerdos.

Cuando tío y sobrino se hubieron despedido, Armando estaba absolutamente seguro de que Julia le pertenecía, á pesar de no haberle ésta dirigido más la palabra desde que Aurette se puso á tocar el piano.

Después de haber dado las buenas noches al señor Leniel, Julia fué á reunirse con su hermana, en el cuarto de ésta, en donde pasaban con frecuencia largo rato charlando.

Bien hubiera querido esperar, escoger un momento favorable para contarle lo que acababa de ocurrir, y hasta había concebido un plan de campaña muy ingenioso para abordar la cuestión después de oportunos circunloquios; mas toda aquella estrategia se vino abajo ante la bondadosa mirada de los ojos de Aurette.

—Hermana mía, exclamó, hermana de mi alma, ¿qué pensarás de mí? ¡Me ha pedido que fuese su esposa y no le he contestado que no!

Aurette nada dijo; sus ojos pardos, aterciopelados, que parecían bañados de oro fluido y que se asemejaban á los hermosos coriops de los jardines otoñales, ya no miraban á su hermana, sino que buscaban á lo lejos, en la vaguedad de la noche, la sombra de los pasados días en que tampoco ella se había negado á ser la esposa de otro...

¡Cuán lejos todo aquello! Era como un sueño, como una pesadilla... Julia sintió miedo.

—Aurette, dijo; esperaremos mucho tiempo..., todo el tiempo que quieras... No tengo el menor deseo de separarme de ti y le he dicho...

—¿Le amas?, preguntó su hermana lentamente y como abstraída.

—Yo..., sí, cierto que le amo, respondió Julia, cuyo delicado rostro se iluminó con claridad de aurora.

Y añadió con energía:

—Y él me ama. ¡Oh, sí! En cuanto á esto, estoy segura de que me ama.

Aurette permanecía inmóvil; Julia sintió gran pie-

dad de ella y se reprochó amargamente haber despertado así de pronto tantos y tan dolorosos recuerdos en un alma no bien curada todavía.

—Hermana mía, dijo con gracia humilde y conmovedora, perdóname esa tontería; soy una pobre muchacha torpe, pero te quiero, te quiero mucho, bien lo sabes... Dime que no estás enfadada, te lo ruego..., regáñame, si quieres, pero dime algo, háblame.

La mirada de Aurette volvió de muy lejos, de aquel país remoto adonde van los ojos y los pensamientos cuando salimos de nosotros mismos.

—¿Regañarte?, exclamó con infinita dulzura. ¿Regañarte á tí?

Maquinalmente buscó en su bolsillo un pequeño manojito de llaves, del que no se separaba nunca, y se dirigió hacia una gran cómoda de taracea antigua que ocupaba todo un testero de su cuarto; y poniéndose de rodillas abrió con precaución el último de los cajones y sacó de él una caja larga y aplastada. Julia la observaba sin comprender qué se proponía. Aurette se incorporó, dejó la caja sobre el mueble y se puso á deshacer los nudos de las cintas con que estaba atada, realizando todos aquellos movimientos con devota lentitud y en cierto modo como un acto de piedad.

Después de haber desatado las cintas y levantado la tapa de cartón, apartó los papeles de seda y la luz de la lámpara se reflejó en una magnífica tela blanca que parecía tisú de plata. Aurette la desdobló y con templó los cambiantes reflejos de su vestido de novia.

—¿Qué tontos somos!, dijo á media voz. ¡Y cuán ridículos nos vuelve á veces el dolor! Me había figurado que nunca más podría verla, que me serviría de mortaja cuando me muriera...

Cogió el rico brocado, lo extendió sobre la alfombra en grandes y magníficos pliegues y puso el extremo de la tela en el hombro de su hermana, que de esta suerte quedó como envuelta en un ropaje de estatua antigua.

—¡Que sea tu traje de boda, hermana querida, y ojalá que te dé buena suerte!

Sus ojos se encontraron y se enlazaron sus brazos por encima del brocado que las envolvía como una banda.

Julia, que era muy práctica, cogió el extremo de la pieza de seda y comenzó á doblarla cuidadosamente para meterla de nuevo en la caja.

—Es un buen muchacho, dijo mientras parecía muy absorta en aquella faena, y no creo que papá se oponga...; el doctor tampoco se opondrá, porque, de no haberles convenido, supongo que no lo habría traído aquí con tanta frecuencia.

—Seguramente, respondió Aurette; y por mi parte no puedo menos que alegrarme de ello, porque me parece bueno, activo é inteligente.

—Sí, quiere montar un dispensario y dice que hay allí una cocina, de manera que se podrá hacer caldo...

Y diciendo esto soltó una carcajada, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas de felicidad.

—Esto que digo tú no lo entiendes, pero no importa. Le he dicho, sin embargo, que volveríamos á hablar del asunto cuando..., en fin, más adelante, ahora no, por supuesto.

—¿Y por qué no desde luego?, preguntó Aurette con dulzura.

—¿Desde luego? ¡Oh, no! Es preciso que...

—¿Qué?

—Que tú..., que papá..., en fin, no sé..., que haya vuelto Carlos.

—¡Nada de esto! Es menester que te cases lo más pronto posible sin esperar nada. Mira, Julia, cuando dos novios se conocen bien, los noviazgos largos son inútiles, y cuando se conocen mal..., aún son peores algunas veces...

La voz de Aurette habíase alterado ligeramente. —Aurette mía, mi madrecita, decía Julia besándola y acariciándola con efusión. No tendré nunca valor para dejarte aquí sola con papá...

—¿Crees, por ventura, que no somos suficientemente fuertes para bastarnos á nosotros mismos?, preguntó la hermana mayor sonriendo.

—No te burles, repuso Julia en tono de censura; chancearse de esto no está bien. Me siento apenada, y si tú no tomas la cosa en serio...

—En serio te hablo. Oyeme, querida niña; has sido una hermana incomparable...

—¡Oh!

—Sí, incomparable; aun siendo tan joven como eras, me socorríste en mi aflicción como nadie lo habría hecho..., como no lo ha hecho nadie, á decir verdad. Por esto la idea de verte feliz es para mí la más dulce y confortante. No temas porque me quede sola con papá; ya nos arreglaremos los dos y tu

dicha será para nosotros motivo de alegría perpetua.
 —¡Será gracioso!, dijo Julia meditando.
 —¿Qué es lo que será gracioso?
 —Ser la esposa del doctor Deblay... ¿Habrá que poner en la puerta una placa de cobre que diga «médico»? No, ¿verdad que no? Cuando le conocen a uno, no se estila esto.

Después de reflexionar un instante, añadió con aire de gran satisfacción:

—En cambio habrá una placa grande con una inscripción: «Dispensario para los niños enfermos...» Esa plancha, créelo Aurette, será el mejor regalo de novia que pueda hacerme..., no la cambiaría por todas las joyas del mundo..., y haremos chaquetitas y juboncitos y todo lo necesario, bien caliente todo... Los zapatos no podremos hacerlos nosotros y será preciso que los proporcione el doctor Rozel. Bien puede darme algo él también...

—Ve á acostarte, le dijo Aurette empujándola suavemente; es menester dormir.

—¿Dormir? ¡Nada de eso! Estoy demasiado contenta y voy á soñar despierta toda la noche con el dispensario... y con el doctor... y con mi traje de novia... ¡Oh, Aurette!

Y volviéndose á medias echó los brazos al cuello de su hermana, con un movimiento deliciosamente gracioso y elegante, y entró luego en su cuarto, poblado desde aquel momento de ensueños dorados.

XV

Era una mañana de septiembre, maravillosamente tibia y suave; uno de esos días de septiembre angevinos tan puros como un día de verano, pero más delicadamente teñido de vapor azul y diáfano. Julia, antes de ponerse su vestido blanco, confeccionado con la tela de Aurette, corre al parque y al jardín para ver una vez más, antes de abandonarlos, todos los rincones familiares del Nido.

Bruno la sigue á todas partes, acortando el paso cuando ella se queda pensativa, y saltando en pos de ella cuando ella corre. El bueno del perro sabe que se va; la intuición peculiar á su especie le ha revelado que iba á dejar aquella casa y le prodiga mil caricias para retenerla. La joven pasa de cuando en cuando su mano por la cabeza del animal, que se estriega contra ella, le dirige una palabra afectuosa y prosigue su peregrinación.

¡Adiós lejana terraza situada al borde del barranco y en la que tanto ha llorado Aurette en otro tiempo! ¡Adiós alamedas del parque en donde Sidonia ha tramado su traición! ¡Adiós plazoleta enarenada y sombreada por el gran plátano, en la cual jugaron en otros días los niños y en la que el padre gusta de reposar!.. Antes de entrar en el invernadero, Julia mira á lo lejos..., las colinas están envueltas en blanca y tenue niebla; también ella, dentro de poco, se envolverá en su velo de desposada.

Vuelve á la casa y se detiene conmovida; Aurette está allí vestida con una bata; sobre la mesa, delante de ella, hay esparcidas pequeñas ramas, y en el jarro de cristal un ramillete blanco, exquisito, verdadero poema de amor puro.

—Es para tí, dice Aurette dejando asomar á sus labios una sonrisa en la que se irradia toda su ternura: va á partir para ese viejo hotelito de la callejuela vieja, junto á la catedral, en donde lo encontrarás esta noche, recibiendo con él mi bendición de madre.

Julia se inclina hacia los dorados lirios del Japón, las tuberosas, las hemerócolas delicadas, las blancas rosas, las argemonas y los dondiegos de noche de embriagador aroma, y en el perfume de las flores adorables aspira la bondad, la belleza de alma de Aurette.

—¡Cuánto te voy á añorar, hermana mía!, exclama abrazándola.

Aurette, animosa, la besa y la aparta suavemente.

—Tu felicidad, le dice sonriendo, está allí, en el viejo hotelito, y tanto papá como yo nos sentimos dichosos con tu alegría.

—¡Si á lo menos estuviera aquí Carlos!, suspira Julia contemplando el hermoso brillante de la sortija que le ha enviado su hermano. Dime, Aurette, ¿no volverá nunca?

—Más adelante; ten paciencia.

—Juanito tiene ya seis meses y aún no le hemos visto; crecerá sin conocernos... Y sin embargo, no tiene él culpa ninguna.

—Paciencia, repite Aurette.

Tiene la esperanza de que los hijos de Julia abrirán la puerta al pequeño desterrado; pero no quiere decirselo y suavemente se la lleva hacia el Nido.

La suntuosa seda cruje y se estremece dentro de una nube de tul. Julia ha subido al coche con su padre y con su hermana; los caballos la llevan hacia la catedral, cuyas campanas voltean triunfalmente. Como mecida por un ensueño camina por la roja alfom-



Julia sintió miedo...

bra hasta el coro, entre las armonías de los órganos... Unos instantes más y ya está casada. Su mirada busca á Aurette y la encuentra.

¡Cuán hermosa su hermana Aurette, delgada y esbelta con su traje de seda gris de plata! No ha querido vestirse como una soltera, sino como una joven madre, en aquel día, único en su vida. Y más allá, en las naves laterales, todo su estado mayor infantil, con sus trajes nuevos y sus caras relucientes á fuerza de jabón y de agua fresca, contempla con avidez á la bella desposada...

Ha llegado la noche; los jóvenes esposos han encontrado el ramo de Aurette en el vasto salón de su casa, y el olor de los lirios y de los mirtos flota bajo los esculpidos artesonados y habla de Aurette á los que la aman.

El padre y la hija mayor han regresado solos al Nido, graves, pero sin tristeza. Con la certidumbre de la felicidad de Julia se mezcla otra idea, menos elevada, aunque más consoladora: todos los amigos han asistido á la fiesta; la simpatía y la estimación de la ciudad toda han acompañado á los novios al altar. ¿Quién piensa en Sidonia? ¿Quién se acuerda de que haya existido?

Aurette se arrodilla junto á su padre, cruza las manos y en voz baja le dice:

—¡Padre mío, por el amor de Julia, llame usted á su hijo!

El Sr. Leniel coge entre las suyas las manos que Aurette le tiende.

—Hija mía, responde, no destruyamos la obra reparadora del tiempo: esa mujer ha caído en el olvido; no desees su vuelta, porque nos traerá vergüenza y aflicción.

Aurette baja la cabeza; su padre tiene razón, bien lo sabe. Estampa un beso en las pálidas mejillas del Sr. Leniel y sentándose al piano toca todo lo que éste prefiere á fin de predisponerle á un sueño dulce y reparador.

Y cuando su padre se ha dormido, abre la ventana de su cuarto y contempla las estrellas, que ya no la hacen llorar; son amigas que la miran apaciblemente realizar su obra de concordia y de bendiciones. Aurette es feliz, sí, feliz con la felicidad de los demás y sobre todo con la que ella les ha proporcionado. Las

penas, las vigalias, las angustias, han llevado á cabo en ella una obra reparadora; la herida de su alma está curada, y á lo sumo sólo la haría sufrir todavía si alguna imprevista circunstancia la ponía en presencia del hombre á quien ha amado tan tierna, tan apasionada..., tan inútilmente. Pero ahora viven ambos en mundos diferentes; ¿cómo, pues, podría ella encontrarse con él?

Aurette piensa en lo que habría sufrido si hubiese llegado hasta el final de su sueño, si se hubiese casado con Raúl Bertholón para convencerse luego de la pobreza de aquel corazón, de la nulidad de aquella inteligencia, y en gran arranque de gratitud bendice el destino que le ha ahorrado ese dolor, esa humillación... ¡Ah! Es cien veces mejor vivir siendo útil á los demás, desprendida de sí misma, que eternamente encadenada á un viejo ídolo en ruinas, herida, lastimada á cada punto por los escombros que de él se desprenden y caen sobre el corazón.

XVI

El invierno siguiente, Aurette y su padre, en unión de los jóvenes esposos Deblay, se abonaron á los conciertos Bordier á fin de oír buena música instrumental, bien ejecutada.

Todos los que por la música sinfónica se interesan saben que Angers es la única ciudad de Francia en donde se sostiene desde hace quince años una sociedad que da todos los domingos, durante seis meses, una audición

nueva en la que brillan los nombres más ilustres de los maestros difuntos al lado de todos los de la nueva escuela dignos de atención.

Un domingo de diciembre, Aurette, que se había retrasado visitando á una amiga enferma, suplicó á su padre que no la esperara y que fuese solo al concierto, en donde ella se le reuniría.

El Sr. Leniel, gran aficionado á la *Séptima sinfonía* que encabezaba el programa, consintió en ello, y cuando hubo llegado al teatro envió el coche á su hija para que la llevara cuanto antes.

Aurette bajó de su cupé delante del Circo; el concierto había empezado y una llovizna había dispersado á los paseantes. Sólo un vendedor de programas testarudo persistía en permanecer junto á la puerta. Dos ó tres personas rezagadas penetraban en el peristilo. La señorita Leniel dió algunas órdenes al cochero y se dispuso á entrar...

Delante de ella, de pie, había un hombre con la cabeza descubierta y en actitud respetuosa y hasta humilde. La joven, sin mirarle, se disponía á darle una moneda, cuando la hizo estremecerse una voz que le pareció el eco de una voz en otro tiempo conocida.

—Señorita, decía aquel pobre avergonzado.

Muy pobre, en efecto, y muy avergonzado á pesar de los millones de su esposa. Era Raúl Bertholón.

—Señorita, repitió, permítame que la salute...

Aurette levantó la cabeza; debajo de su velo, el rubor fugaz de otro tiempo había teñido ya dos ó tres veces sus mejillas, que en seguida recobraban su palidez. Miró al que había sido su novio, y á pesar del imperio que tenía sobre sí misma, sintió su alma inundada de piedad.

¡Él, ajado hasta tal extremo, eliminado, por decirlo así, por la vida! Llevaba un traje nuevo que parecía viejo; su rostro habíase vuelto coloradote, sus ojos se habían enturbiado, y en toda su persona fatigada adivinábase una existencia de disputas, de discordias, de recriminaciones.

—¡He aquí lo que han hecho de él su madre y su esposa!, pensó Aurette.

Le saludó y avanzó un paso; pero él, con ademán suplicante, la detuvo, señalándole el lugar desierto, la plaza vacía, la soledad absoluta que á su alrededor reinaba por ser domingo y á causa de la lluvia.

—Señorita, no quiero decir á usted más que unas pocas palabras; escúcheme, se lo ruego... Cada domingo vengo aquí para encontrar á usted... Se lo suplico, óigame.

La joven se detuvo emocionada al ver cómo imploraba su atención el mismo que en otro tiempo aceptaba su amor como un dios acepta el incienso de los fieles.

—Buscaba una ocasión, continuó Raúl sin cubrirse, para rogarle que me perdonara.

Aurette hizo un ademán tan altivamente digno, que aquél tuvo miedo y precipitó sus palabras.

(Se continuará.)

LOS COLMENARES DEL CAUCASO

Desde los tiempos más remotos, el cuidar de las colmenas ha sido una de las ocupaciones favoritas del pueblo ruso. Hace cerca de mil años que los escritores árabes hablaban de Rusia como de un país en el que abundaban la leche y la miel, y todavía hay memoria de las penas severas que imponía un antiguo código de leyes rusas, del siglo XI, á los que atacaban al derecho de propiedad sobre las abejas. En el gran ducado de Moscou, el robo de un enjambre ó de su miel era castigado con la muerte, y en otras comarcas de lo que es hoy el imperio ruso irrogaba la pérdida de la mano derecha del ladrón ó el pago de una multa equivalente á diez veces el valor de las abejas ó de la miel robadas.

Había dos razones para esa rígida protección acordada á los colmenares. El gobierno seglar percibía una renta considerable por la contribución sobre la miel, y la cantidad de cera que se necesitaba para los cirios que se consumían en las iglesias era enorme, puesto que para ese objeto sólo podía emplearse cera de abejas pura. En los siglos XVI y XVII parece que, á pesar de la que la Iglesia requería, se exportaban anualmente cerca de 800 toneladas, com pradas, en su mayor parte, por comerciantes ingleses. En el reinado de Pedro el Grande se restringió, sin embargo, la exportación por varios edictos especiales y se descubrió que muchos eclesiásticos poco escrupulosos ponían en peligro el alma de sus ovejas dándoles cirios que contenían sebo y otras substancias *non sanctus* y que vendían la cera á los tratantes británicos.

Hoy en día, si bien hay extensos colmenares en casi todas las regiones del imperio, únicamente en la parte Sur del Cáucaso constituye su cuidado la ocupación principal de gran parte de la población de

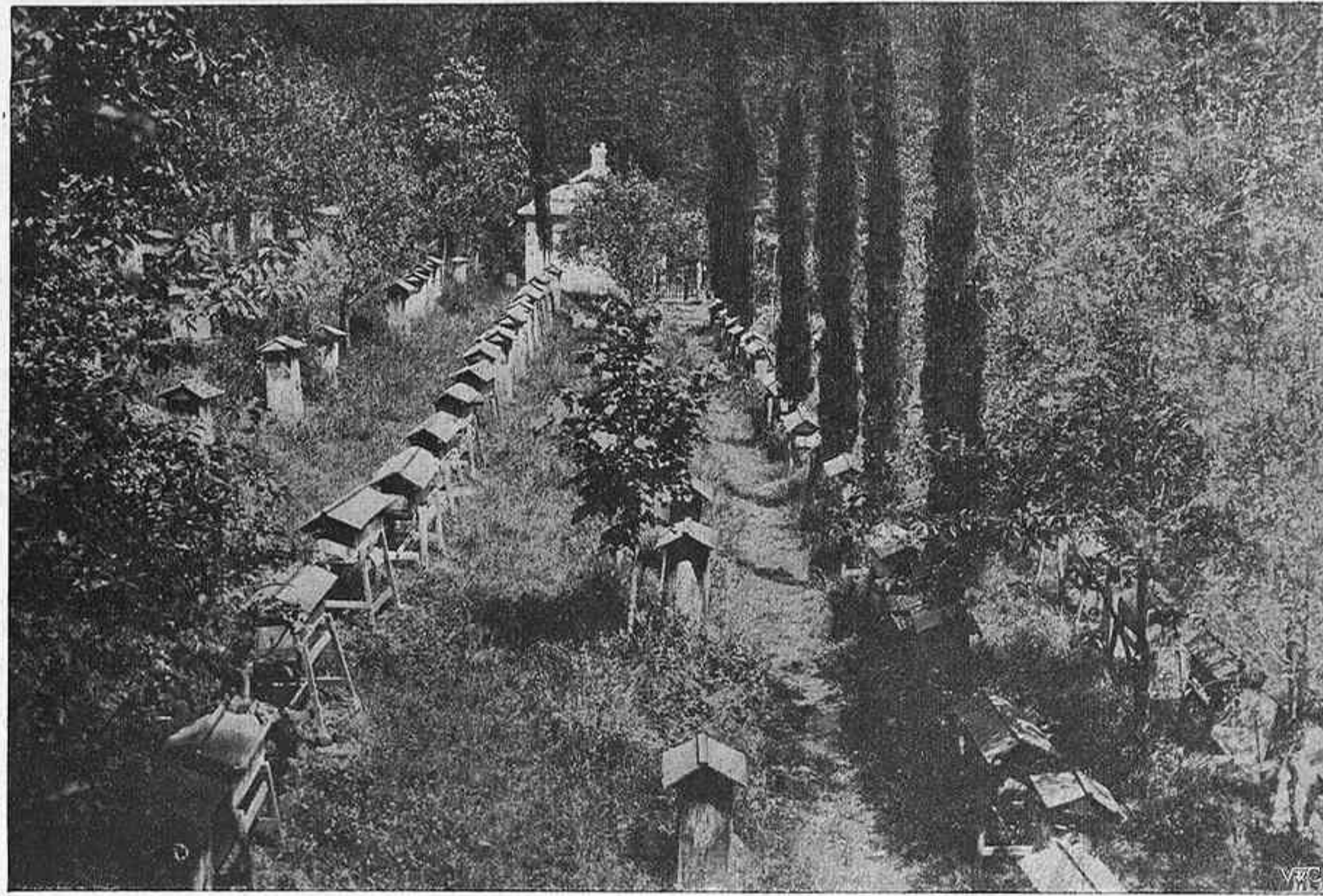
tanta celebridad han dado á aquel país. Esa tierra favorecida es efectivamente una tierra de promisión para la cría de las abejas. A veces, en una extensión de pocas millas, en las vertientes de las montañas, se hallan casi todos los climas existentes. Mientras que

asegurar el derecho á su propiedad, poniendo en aquel lugar una señal que le sea propia. A pesar de la inextinguible afición que estos selváticos montañeses sienten por el bandolerismo, observan el código del honor muy estrictamente en todo cuanto se relaciona con la persecución de las abejas, por lo menos tratándose de los miembros de su misma tribu, y con arreglo á una costumbre, á la que no se oponen los empleados del gobierno ruso sino rara vez, castigan severamente á cualquiera que robe una colmena que lleve la señal de pertenecer á otro.

El apoderarse de la cera y miel después de hallada la colmena es empresa que con frecuencia necesita no poca habilidad y conocimiento de las costumbres de las abejas.

Lo primero, como es consiguiente, es imposibilitar al enjambre de defender su fortaleza. Esto se consigue generalmente con el humo sofocante de trapos que se queman ó de ramas secas de arbustos aromáticos. Este indispensable preliminar del ataque es, por lo general, una operación que no tiene nada de fácil, sobre todo cuando las abejas se han establecido en el hueco de una

roca gastada por el tiempo y la intemperie, cuya entrada es por lo común tan pequeña que apenas se nota. También ocurre á menudo que la fortaleza tiene más de una salida, y muchos buscadores de miel agarrados á un pequeño saliente de las rocas y ata-



Colmenar modelo, establecido en el gobierno de Kutais

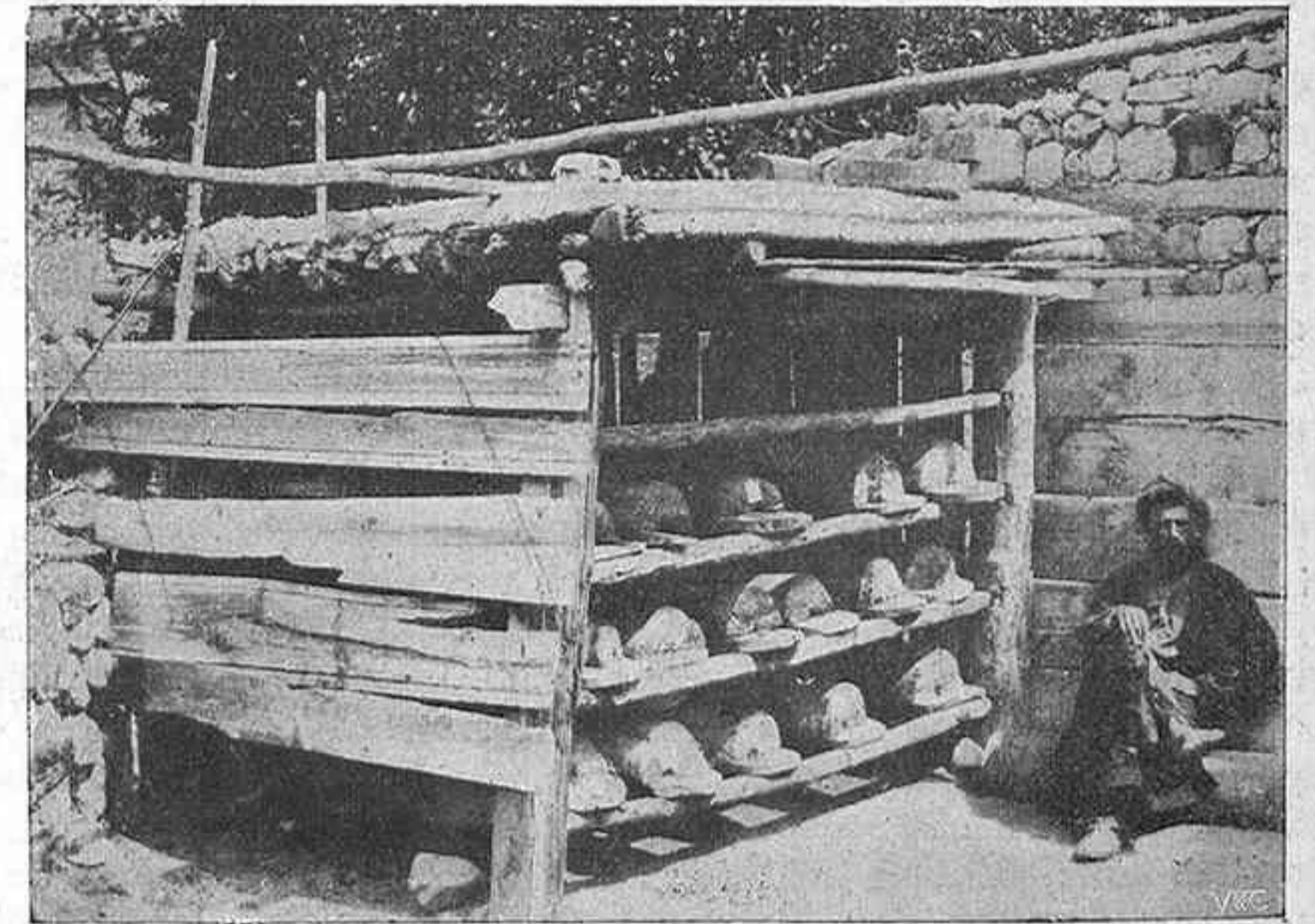
en la parte baja crecen frondosamente el naranjo y el limonero y plantas semitropicales como el te y el algodón, en más elevadas altitudes se encuentran arbustos y flores que en otras partes sólo se hallan mucho más al Norte, y en la zona limítrofe á la de las nieves perpetuas se reproduce toda la flora de las *tundras* de la Rusia septentrional. Las laderas están cubiertas de enmarañadas vides, que crecen allí muy lozanas, y los montes de árboles comunes propios de otros países menos favorecidos, se ven reemplazados por manzanos, perales y ciruelos silvestres.

No menos variadas que la flora y los climas del Cáucaso son las muchas razas que desde tiempo inmemorial han conservado sus distintas nacionalidades. Los antiguos autores griegos afirman que los comerciantes que visitaban el Cáucaso necesitaban llevar consigo trescientos intérpretes para que les ayudaran en sus tratos con la multitud de pueblos diferentes que encontraban en sus expediciones. Hasta en la actualidad, el muy conocido escritor ruso Mr. Seménoff calcula en más de cuarenta el número de las distintas nacionalidades que han continuado en una existencia aparte, durante miles de años, en regiones montañosas más ó menos inaccesibles. En ninguna otra región del imperio está la población compuesta de elementos tan diversos y tan mutuamente hostiles. Cosacos, tártaros, circasianos y armenios, todos están subdivididos en innumerables tribus, cada una de las cuales hace una vida diferente y se pone en contacto lo menos posible con sus vecinos más inmediatos.

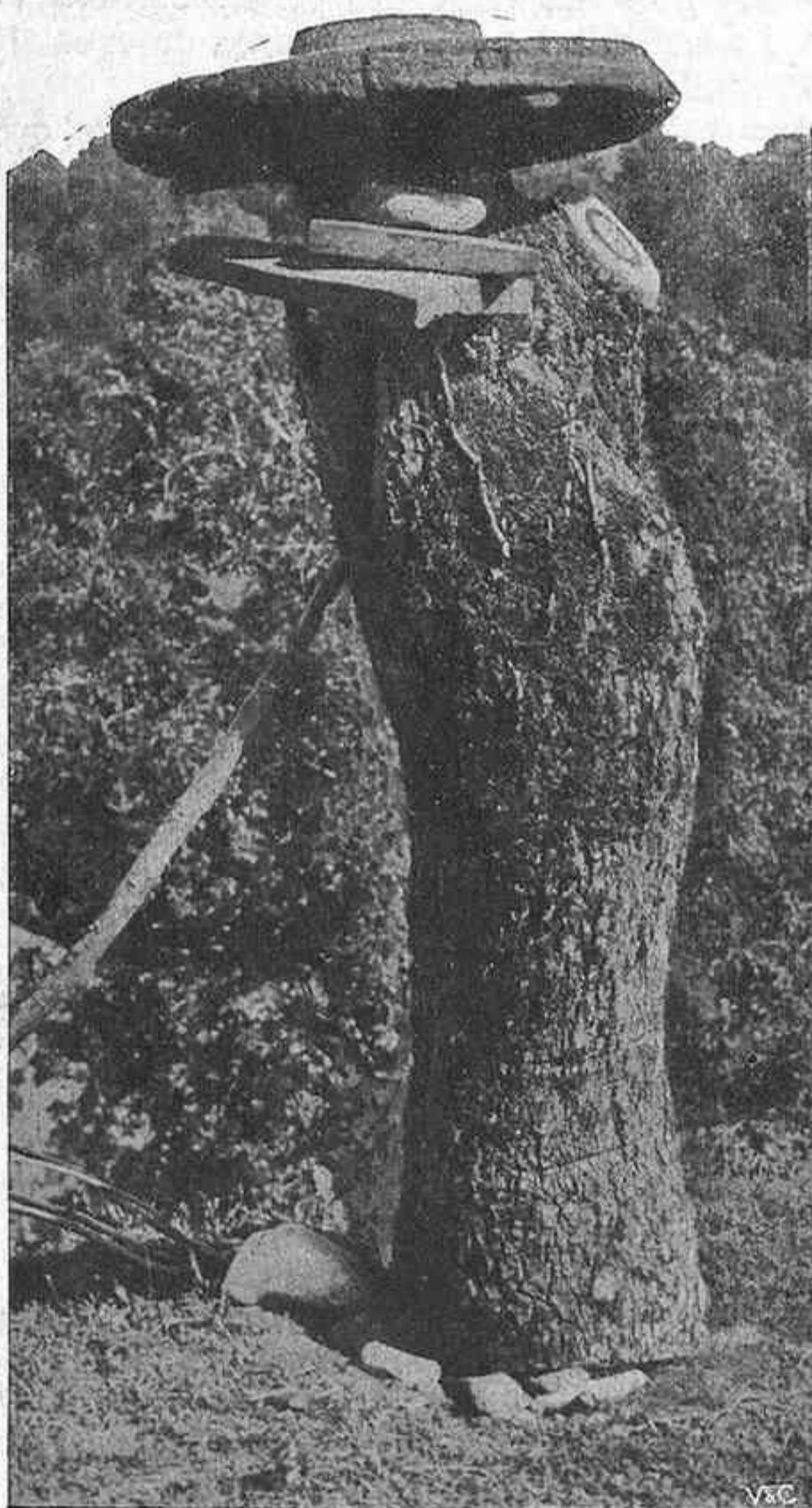
La supresión parcial del bandolerismo, que ha resultado de la conquista del Cáucaso por los rusos, obligando á esas tribus sin freno á adoptar un modo de vivir más pacífico, ha sido causa indirecta de que hayan aumentado la industria de los colmenares y el saqueo de los depósitos de las abejas silvestres, ocupaciones mucho más de su gusto que el cultivo de la tierra.

La busca de la miel silvestre es, sin embargo, una empresa tan ardua y á veces tan peligrosa como la caza mayor. Las abejas montaraces del Cáucaso han aprendido mucho con la persecución de que hace siglos son objeto, y por lo regular establecen sus ciudadelas en los sitios más inaccesibles: en los huecos de los altos árboles de los bosques, ó en las cavidades de las rocas, adonde sólo puede llegar el sufrido montañés suspendido de una cuerda sobre un profundo abismo.

Al descubrir una comunidad de abejas silvestres, el que anda á caza de ellas lo primero que hace es



Colmenar de una aldea de los Abkhases



Una bezdonka

aquel hermoso país, de elevadas montañas y fértiles valles, que es un completo paraíso de flores durante la primavera y principios del verano. Varias de las tribus caucásicas dedican casi todo el tiempo al cuidado de las colmenas, á recoger la cosecha anual de miel y cera, y sobre todo á buscar incesantemente en los bosques los enjambres de abejas salvajes, que

cados por un enjambre de abejas á las que han enfurecido sin lograr atontarlas, han perdido la vida en la refriega.

La manera de recoger la miel es sumamente primitiva. Se continúa dando humo á la colmena hasta que todo el enjambre quede completamente sofocado; después, los panales, miel y las abejas muertas se arrastran hacia fuera por medio de un garabato de hierro hecho *ad hoc* y sujeto á un mango flexible de caña, con el que el operador puede arrancar la cera y la miel de las paredes irregulares de la cavidad natural, á las cuales no es posible llegar de otro modo. La mezcla de todo esto, que se llama *bochechnoi*, se coloca luego en vasijas, que con ese objeto traen las mujeres y los niños, pues los montañeses del Cáucaso se tienen por personajes demasiado elevados para rebajarse llevando una carga cualquiera. El *bochechnoi* se vende después á traficantes, por lo general armenios, que separan la miel de la cera, la que derriten y cuelean para separar los cuerpos de las desgraciadas abejas.

Las muchas dificultades con que se tropieza al querer saquear las colmenas de las abejas silvestres, se evitan frecuentemente colocando otras construídas expresamente en sitios á propósito, pero accesibles; en los árboles de los bosques ó entre las rocas. Estas colmenas, llamadas *bezdonkas*, se hacen de un trozo de tronco de árbol horadado, semejante á un tubo

de gran tamaño. En la parte inferior clavan, por lo general, una tabla, y el otro extremo lo cierran con una tapa de madera que puede quitarse á voluntad, y todos los intersticios se rellenan cuidadosamente con barro. Se hace en uno de los costados de la colmena una abertura para que puedan entrar las abejas, para cuya mayor comodidad se colocan pérfidamente en el interior cierto número de traviesas de madera para sostén de los panales.

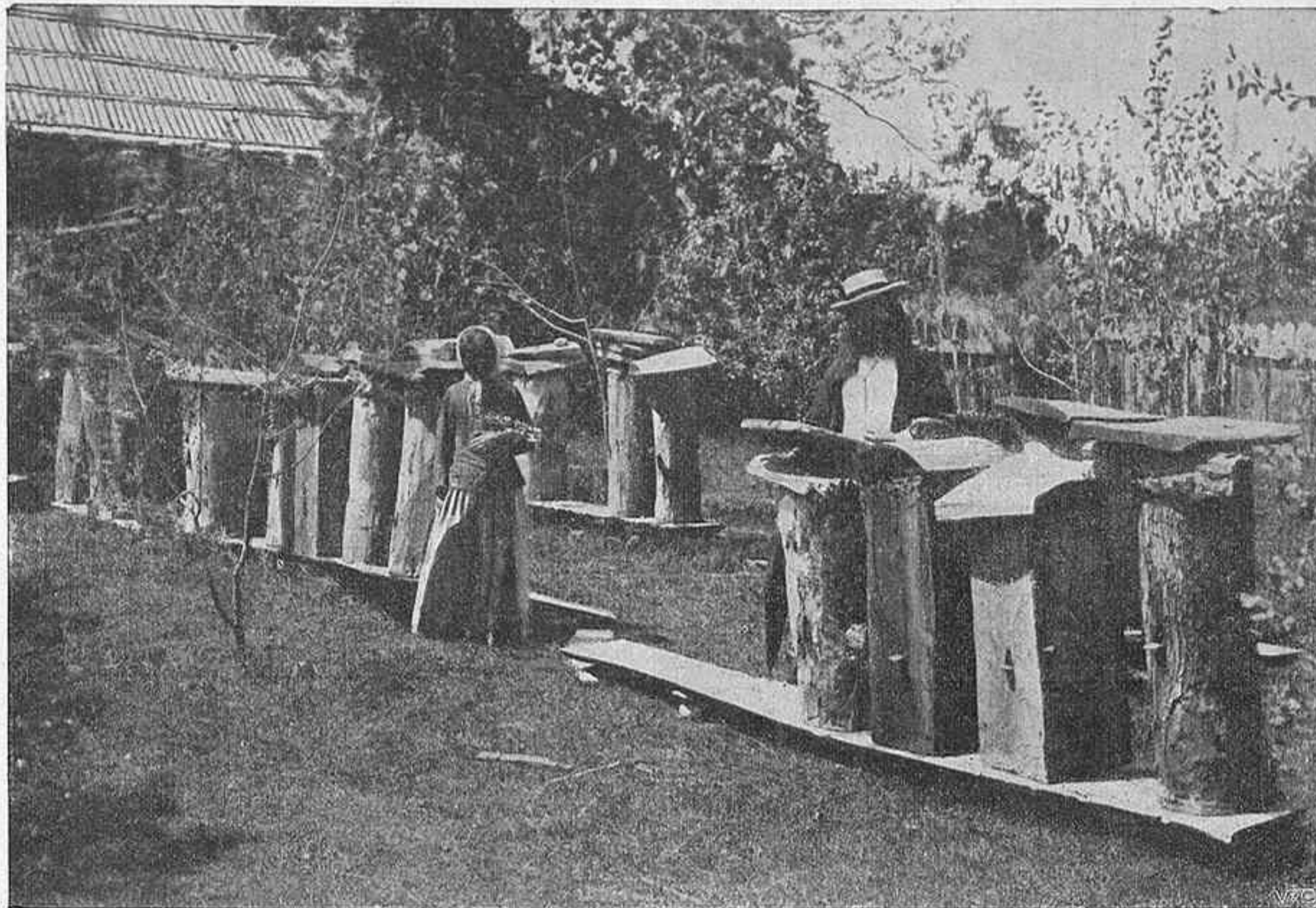
Los habitantes del Cáucaso, sin embargo, no fían únicamente en las colmenas de las abejas silvestres para procurarse la miel y la cera. También en los pueblos hay un número enorme de las de las domésticas, y el atenderlas ha sido hasta hace poco ocupación especialmente reservada á las mujeres. Pero de algunos años á esta parte los hombres se han ido dedicando también á ella, y han creado una industria en toda forma, obligados por la disminución creciente de los enjambres silvestres y por las medidas que se han tomado para proporcionar á esas tribus turbulentas ocupaciones más pacíficas que las del bandolerismo y del robo de ganados.

Esta reforma se debe principalmente á los incansables esfuerzos del gran químico ruso, el profesor Boutleroff, que hace unos veinte años fundó la Escuela de Agricultura de Bourashevsk, en el gobierno de Iver. Esta institución, que es una de las más perfectamente montadas en su clase del mundo, ha servido de modelo para las de las demás regiones del imperio. Por iniciativa de la Sociedad Imperial Rusa de Agricultura, se han establecido en el Cáucaso varios colmenares modelos, se celebran exposiciones de tiempo en tiempo y se hacen todos los esfuerzos posibles para desarrollar esa industria en aquellos distritos donde por la gran abundancia de flores es susceptible de extenderse indefinidamente. Esos colme-

nares modelos son, por lo general, también escuelas de jardinería y cultivo de árboles frutales; muchas de ellas han sido fundadas por individuos particulares

También el genio inventivo de los montañeses del Cáucaso ha sabido dar á las abejas otra aplicación. Hace algunos años, una partida de bandoleros y ladrones de ganado que durante mucho tiempo fué perseguida inútilmente por las autoridades, se vió acosada por una pequeña fuerza de cosacos y obligada á refugiarse en unas rocas escarpadas, donde fué rodeada é intimada para que se rindiera. En vez de obedecer, el jefe de ella arrojó desde lo alto á los cosacos tres *bezdonkas* que había colocado allí algún tiempo antes y que estaban entonces muy pobladas de abejas silvestres. Pocos momentos después, los soldados, medio cegados por las abejas, que sin duda los tomaron por el enemigo que había destruído sus moradas, huyeron para escapar con vida, dejando á los bandidos que con toda tranquilidad se retiraran á sus guaridas de las montañas, adonde era casi imposible seguirlos.

La empresa, sin embargo, de introducir mejoras en el entretenimiento de las abejas no es fácil; gran parte de los campesinos manifiestan una gran repugnancia á abandonar sus métodos tradicionales. Calabazas vacías y *bezdonkas* parecidas á las que se colocan en los bosques para atraer á las abejas silvestres, se usan persistentemente en lugar de las colmenas modernas, recomendadas por los emisarios de la Sociedad de Agricultura, y hasta ahora ha sido cosa casi imposible el convencerles de que deben abandonar la costumbre de matar las abejas para coger la miel, á pesar del perjuicio que les irroga, así por el valor de las mismas abejas, como por el precio ínfimo que los traficantes les pagan por el *bochechnoi*, la nauseabunda mezcla de cera, miel y abejas muertas que se obtiene empleando sus venerandos procedimientos.



Un colmenar de aldea. Las *bezdonkas* que todavía están en uso

o por sociedades, que reciben del gobierno un pequeño subsidio.

A causa de la variedad de clases de flores que se suceden en las vertientes de las montañas según las diversas alturas, la época de producción de miel es mucho más larga en el Cáucaso que en el resto del imperio. Hay también gran diferencia en la calidad de la misma miel, lo que depende de las flores de que se ha extraído. La que se obtiene de una especie de laurel, el *prunus laurocerasus*, y de la *azalea pontica*, por ejemplo, posee propiedades en alto grado intoxicadoras, y por esa misma razón la prefieren varias de las tribus caucásicas para preparar una especie de *hydromiel* y la bebida llamada *sbitene*, que se hace mezclando la miel con leche hirviendo y agua sazonada con varias especias y hierbas aromáticas.

campesinos manifiestan una gran repugnancia á abandonar sus métodos tradicionales. Calabazas vacías y *bezdonkas* parecidas á las que se colocan en los bosques para atraer á las abejas silvestres, se usan persistentemente en lugar de las colmenas modernas, recomendadas por los emisarios de la Sociedad de Agricultura, y hasta ahora ha sido cosa casi imposible el convencerles de que deben abandonar la costumbre de matar las abejas para coger la miel, á pesar del perjuicio que les irroga, así por el valor de las mismas abejas, como por el precio ínfimo que los traficantes les pagan por el *bochechnoi*, la nauseabunda mezcla de cera, miel y abejas muertas que se obtiene empleando sus venerandos procedimientos.

ALDER ANDERSON.

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
* Célebre Depurativo Vegetal cura las ENFERMEDADES DE LA PIEL Vicios de la Sangre, Herpés, Acne. EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ia}, 102, R. Richelieu, Paris. Todas Farmacias.



PECHO IDEAL
Desarrollo - Belleza - Dureza de los PECHOS en dos meses con las Píldoras Orientales, únicas que producen en la mujer una graciosa robustez del busto, sin perjudicar la salud ni engruesar la cintura. Aprobadas por las celebridades médicas. Fama universal. J. RATIÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Verdeau, PARIS. El frasco, con instrucciones, por correo, 8'50 pesetas. Depósito en Madrid, Farmacia de F. Gayoso, Arenal, 2; En Barcelona, Farmacia Moderna, Hospital, 2.

Paris
Date de 1849
PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPÉLIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
Fome y conserva el cutis limpio y terso
Casa GANDES B^a St-Denis, 16

Historia general del Arte
Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Glíptica, Indumentaria, Tejidos
Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. - Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

HISTORIA UNIVERSAL

ESCRITA PARCIALMENTE POR VEINTIDÓS PROFESORES ALEMANES BAJO LA DIRECCIÓN DEL SABIO HISTORIÓGRAFO GUILLERMO ONCKEN
Consta de 16 tomos con grabados intercalados y una numerosa colección de láminas cromolitografiadas, mapas, planos, facsímiles, etc.
Se vende á 320 pesetas el ejemplar ricamente encuadernado con tapas alegóricas, pagadas en doce plazos mensuales. - MONTANER Y SIMÓN, EDITORES.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUGE-ALBESPEYRES, 78, Faub^a St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra **ASMA**
CATARRO, OPRESIÓN y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO MEDALLAS ORO y PLATA.
MARCA DE FABRICA REGISTRADA. PARIS, 102, Rue Richelieu. - Todas Farmacias.

HARINA LACTEADA NESTLÉ
Contiene la mejor leche de vaca.
Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.



EL HAVRE. - HUELGA DE LOS INSCRITOS MARÍTIMOS. GRUPO DE HUELGUISTAS EN EL PUERTO. (De fotografía de M. Branger.)

Ha sido esta una huelga inesperada y cuyas consecuencias habrían sido desastrosas para el comercio francés de haberse prolongado algunos días más. El 30 de mayo último, en una reunión celebrada en Marsella, el Comité nacional de defensa de la gente de mar decretó la huelga general de los inscritos marítimos, y a la mañana siguiente cesó enteramente el trabajo en los principales puertos de Francia, siendo abandonados los buques por las tripulaciones, incluso por sus capitanes.

El movimiento iba dirigido, no contra los armadores, sino contra el gobierno, y el objeto que sus iniciadores se proponían era ejercer presión sobre el Parlamento, que actualmente se ocupa de un proyecto de ley sobre pensiones de retiro á los marinos, para que esas pensiones sean superiores á las que, según parece, dicho proyecto les concede. La huelga ha sido pacífica y afortunadamente ha durado muy pocos días.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre, los Catarros, la Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT** DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

PILULES de BLANCARD
 ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.

al IODURO de HIERRO INALTERABLE

DESPONIBLE en todas las FARMACIAS y DROGUERIAS

DEPÓSITO. BLANCARD & C^{ie}, 40, R. Bonaparte, París.

AVISO Á LAS SENORAS
EL ANIOL DE LOS DRES JORET HOMOLLE
 CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 F^{ie} G. SÉGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

INFLUENZA RACHITIS ANEMIA VINO AROUD CLOROSIS
CARNE - QUINA - HIERRO
 El más poderoso Regenerador.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN